



7

BIANCO
LOS

DEL CARMINO

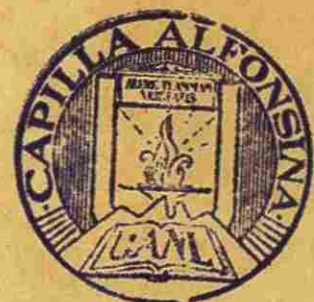
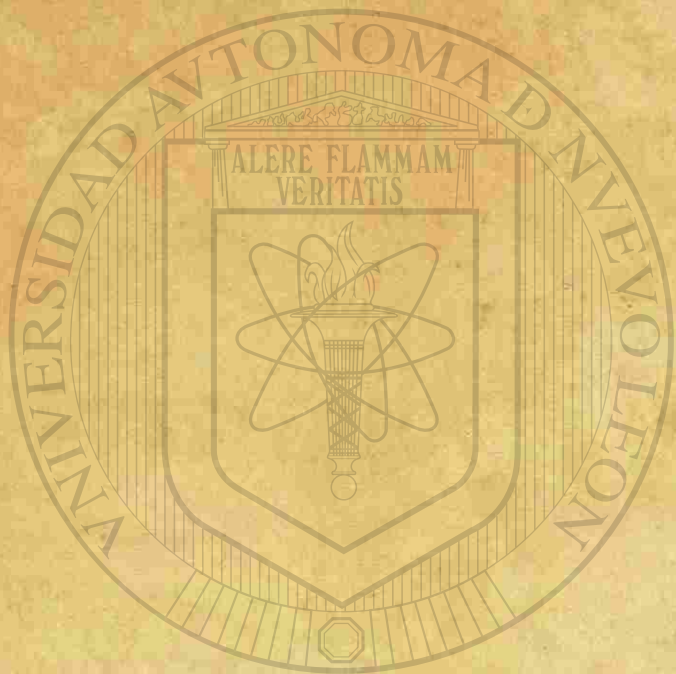
Los merreiros

La huelga

85

8002

8002



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

Núm. Clas.	842.62
Núm. Autor	27896
Núm. Adg.	32934
Procedencia	8
Precio	_____
Fecha	_____
Clasificó	<i>[Signature]</i>
Catalogó	_____

C
862
B



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

RICARDO J. C. TARINEU

La Huelga de los Herreros

TRADUCCION

ESCRITA EXPRESAMENTE PARA "EL LIBERAL,"

Del célebre poema de Coppée,

LA GREVE DES FORGERONS.



MADRID

SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES

Salón del Prado, 14, hotel.

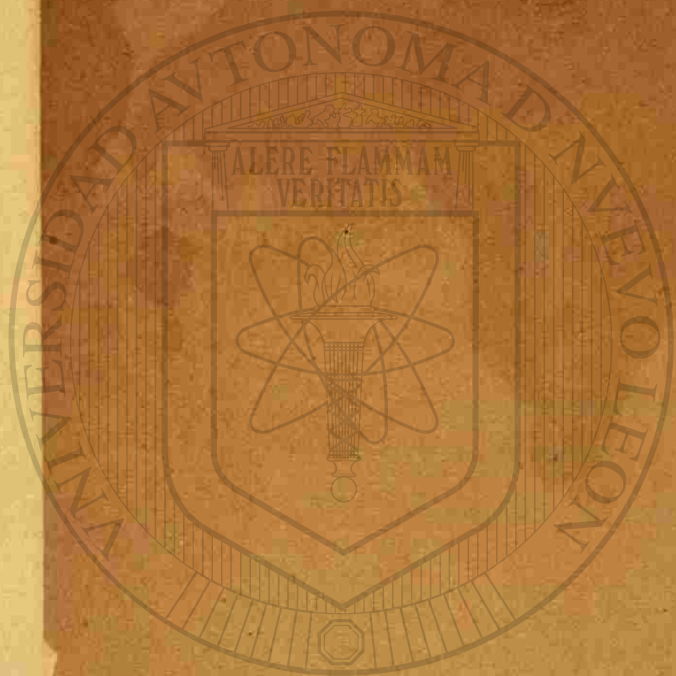
1902

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1025 MONTERREY, MEXICO



32934

32934



La huelga de los herreros

—Jueces, la narración ha de ser breve.
La huelga los herreros declararon.
Fue el invierno muy crudo, y les cansaron
los rigores del hambre y de la nieve.
El sábado, al pagarnos la semana,
me cogieron del brazo y me llevaron
á la taberna del taller cercana.
Y uno de los más viejos, un buen hombre
(ya me negado á declarar su nombre):
—Juan—me dijo—esta carga se hace inmensa.
¡Bastante hemos sufrido los de abajo!
O nos dan más jornal ó no hay trabajo;
nos explotan, y es la única defensa.
Te escogemos por ser el más antiguo,
para decir al amo cortesmente
que ha de aumentar nuestro salario exiguo
ó ha de vivir en fiesta permanente.
¿Demostrarás que acierta quien te elige
intérprete de quejas tan fundadas?

32934

—Hate cuanto á mis buenos camaradas
 les pueda ser de utilidad—les dije.—
 Yo, que por todos dominar me dejo,
 no proteste, no vacilé un segundo.
 Soy, señor Presidente, un pobre viejo,
 amigo de servir á todo el mundo.
 Sin que ofender á nadie imaginara,
 fui á ver al amo, le encontré en la mesa,
 oyó mi nombre sin mostrar sorpresa,
 me hizo pasar y me ordeno que hablara.
 La situación le expuse sin reparo;
 nuestra miseria, nunca interrumpida;
 subiendo el pan, los alquileres caros . . .
 «¡Ya no podemos más! ¡Esto no es vida!»
 Le hablé de sus ganancias colosales,
 exhortándole á ser más compasivo;
 le demostré con números cabales
 que el negocio sería lucrativo
 aun después de aumentar nuestros jornales.
 Y él avellanas sin cesar partía . . .
 Yo echaba mi discurso y él comía.
 Al fin me dijo:—Eres un hombre honrado.
 Para tí hay siempre un puesto en la herrería;
 díselo á los que á mí te han enviado.
 Mas dí también que su exigencia es vana.
 No sois cabeza del motín los buenos;
 se quejan más los que trabajan menos . . .
 Yo con cerrar la fábrica mañana,
 me quito al fin de estos cuidados graves.
 Es la última palabra; ya lo sabes.
 Respondi:—Bien señor . . . —¿alí sombrío
 sin una imprecación, ni una protesta,
 á dar, con hondo sentimiento mio,

á los amigos la fatal respuesta . . .
 Hallé la confusión, hallé el tumulto.
 Se hablaba de política; se hablaba
 mezclando la opinión con el insulto.
 Era un dolor alborotado y loco . . .
 No volver al trabajo se juraba.
 ¡Y yo juré no trabajar tampoco!
 ¡Qué horror aquella noche! Los que echaron
 sobre la mesa la última moneda,
 delante de los suyos, ¿hay quien pueda
 imaginar la noche que pasaron? . . .
 ¡Qué gesto el suyo de dolor sincero!
 Sus casas eran ya tristes asilos . . .
 ¡Acaso largo tiempo sin dinero!
 ¡No, no debieron de dormir tranquilos!
 ¡Para mí fué un buen golpe os lo aseguro!
 Soy viejo y no estoy solo. Entré en mi casa,
 ¡y entonces sí que se agrandó el apuro!
 A mis nietos sentando en mis rodillas
 (mi hija murió de un parto, y su marido
 que antes fué un buen muchacho, es un perdido),
 mis lágrimas bañaron sus mejillas,
 y arrugada mi frente cual flor mustia,
 contemplé aquellas bocas tan risueñas.
 ¡Ay, pobrecitas bocas tan pequeñas,
 que iban del hambre á conocer la angustia!
 Extraño ardor el rostro me quemaba,
 y entonces ya vencido y humillado,
 ¡cuánto me avergoncé de haber jurado
 no trabajar! . . . ¡Pero jurado estaba!
 Si el juramento de cumplir es duro,
 más gloria para el ánimo sereno.
 ¡Y no es más importante, á buen seguro,

el dolor mío que el dolor ajeno! . . .

¡Mi mujer, pobre vieja, entro enseguida
con un bulto de ropa humedecida.

Venia del trabajo . . . Lavandera . . .

Le conté la verdad: le abrí mi herida . . .

¡Gran corazón! ¡Ni se enfadó siquiera!

Quedóse inmóvil y mirando al techo,
hasta que dijo al fin:

—¡Lo hecho, está hecho!

Te ayudaré; sé hacer economías.

¡Hay pan lo menos para quince días!

Yo respondí: —¡Se arreglará! . . . ¡Quién sabe! . . .

¡Pero mentía! ¿Que esperanza cabe

si ligan al dolor los juramentos?

Además, para colmo de rigores,
no habían de saber los descuentos
para agravar la huelga por momentos,
espíar y castigar a los traidores?

Y la miseria vino . . . ¡Oh, jueces, jueces!

¿Exigiréis de mí que yo os convenza,
que, aun en el colmo del dolor, mil veces
sintiéndome incapaz de soportarlo,
no sería un ladrón? ¡No! ¡De vergüenza
me moriría sólo de pensarlo!

Aunque al desesperado, al miserable
que doquiera su mal se representa,
no cupiera pedirle estrecha cuenta
cuando comete alguna acción culpable;
aun así, del invierno en los rigores,
viendo yo a mi mujer, viendo a mis nietos
sumidos en la angustia, en los dolores,
con lividez de tristes esqueletos,
de frío temblorosos y de espanto,

ante sus quejas y su eterno llanto,
por ese grupo tético y sombrío,
carne petrificada por el frío!

—¡por este crucifijo yo os lo juro!—

ni en los momentos de mayor apuro,
jamás, jamás se presentó en mi mente
la acción furtiva, el pensamiento insano
de aguardar en las calles impaciente,
de ir al acecho de alargar la mano!

Y si ahora mismo desfallezco y lloro,
si esta humildad mi orgullo contradice,
¡no es por mí! ¡es que recuerdo a los que adoro,
por quienes hice el bien y el mal que hice!

Y sucedió lo que ocurrir debía:

llegaba la miseria de tal modo,
que el pan duro era el pan de cada día.
Comimos mal, y lo empeñamos todo.

¡Era maudito lo que yo sufría!

Para los pobres, que la vida entera
debemos dedicar a nuestro oficio,
la casa es una jaula verdadera,
y quedarnos en ella es un suplicio.

Cuando aprendí después, por experiencia,
a vivir en la cárcel prisionero,
os juro que no hallé gran diferencia.

Me aburrí mucho en casa; soy sincero.

¿Descansando sufrir? ¡Quién lo creería!

Con los brazos cruzados todo el día,
el paso torpe, errante la mirada! . . .

Hay tormento más grande todavía
que el mucho trabajar, el no hacer nada!
¡Maldita ociosidad, triste sosiego!

Ve uno que amaba su taller, y que era

su fe, su casa, su existencia entera,
la atmósfera del óxido y del fuego! . . .
¡Todo se fue! ¡Ni un centimo quedaba!
Yo andaba triste por la calle, andaba
siempre sin rumbo entre el humano enjambre,
entre el rumor que la ciudad ofrece
rumor que os emborracha y adormece
como el alcohol que hace olvidar el hambre.

Una tarde de otoño, gris y helada,
cuando en mi casa entré, vi acurrucada
a mi mujer en un rincón sombrío,
á los dos pequeñuelos abrazada
y temblando los tres de hambre y de frío.

Viendo en silencio la angustiada escena,
—¡Soy su asesino!— murmuré con pena.

Y me dijo la anciana: —¡Viejo mío,
qué triste porvenir nos amenaza!

El último jergón, que hoy he llevado,
el Monte de Piedad nos lo rechaza.

¿Como hallaras trabajo? ¡Esto me aflige!

¿Dónde ir por pan?

—¿Dónde? ¡Allá voy! . . . —le dije.

Senti nuevo calor y fuerza nueva,
y salí de mi casa esperanzado

con intentar al fin la última prueba
de volver al trabajo abandonado.

Y corrí á la taberna, donde estaban
los que la huelga á su placer guiaban.

¡Qué cuadro aquellos hombres ofrecían!

Me creí, al verles, víctima de un sueño.

Todo era alegre allí, todo risueño!

¿Que moríamos de hambre? ¡Ellos bebían!

Aquello era un escándalo, un delirio!

Si hay quien les diera con el mal consejo,
los medios de alargar nuestro martirio,
caiga sobre él la maldición de un viejo!

Hasta el grupo llegué. Cuando observaron
mi frente baja y mis turbados ojos
de ira encendidos y de llanto rojos,
sin duda mi proyecto adivinaron.

Yo, sin fijarme en su frialdad severa,
me acerqué y les hablé de esta manera:

—Oid, amigos míos. Yo he pasado
de los sesenta, y tengo á mi cuidado

á mis nietos y aquella pobrecilla

que por mi amor envejeció á mi lado.

¡Todo lo hemos vendido ó empeñado!

¡No hay ni un cacho de pan en la guardilla!

Con irme al hospital yo me arreglaba,
sin estimar mi suerte dolorosa.

Mas si á mi con morirme me bastaba . . .

mis nietos, mi mujer! . . . ya es otra cosa!

Voy á pedir trabajo; pero quiero

que me lo permitáis, pues os he dado
mi juramento de seguir parado,

y yo, ante todo, soy buen compañero.

Vengo á pedir vuestra licencia, hermanos.

Desde que era muy joven soy herrero,

y ostento como título altanero

blanco el cabello ya, negras las manos . . .

intenté mendigar, mas no he sabido;

mi edad acaso mi disculpa ha sido.

Del bien de los demás yo no me quejo,

tal vez merezco mi contraria suerte;

pero es injusto que se humille el viejo

al socorro del joven, porque es fuerte.

¡Os pido que, movidos de mis penas,
me consentáis volver a mis faenas!

Nadie al principio contestarme supo,
hasta que dando un paso uno del grupo:

—¡Cobarde!— dijo, sin mirarme apenas.

Tuve frío, la sangre me cegaba,
y miré al que la injuria me lanzaba.

Era alto, joven, blanco, afeminado.

Sus ojos se burlaban de mi estado,

y todo el grupo, menos él, callaba.

Senti en mi corazón recios vaivenes,

entre ambas manos me apreté las sienes,
y exclamé:

—¡Mi mujer, mis pequeñuelos
moriran, pero juro por los cielos

que tú, que me has lanzado tal afrenta,

vas al instante de ella a darme cuenta.

Nos batiremos cual los hombres finos.

¿Hora? ¡Ahora mismo! ¿Cuál mejor sería?

¿Arma? ¡El martillo! La elección es mía.

Vosotros, compañeros, sois padrinos.

Dos martillos traed. ¡Aprisa! ¡Aprisa!

Y tú, que has insultado a un pobre anciano,

quítate ya la blusa y la camisa

y aprieta bien el arma con la mano!...

Avancé como un loco; abrí camino

entre el grupo de obreros; temerario

en los brazos me eché de mi destino

y di el arma mejor al adversario.

El se reía aún de la aventura.

Aun estoy viendo, como en un espejo,

reflejada su estúpida figura,

diciéndome:—¡No juegues, pobre viejo!

Yo contesté con atrevido embate,
moviendo, al avanzar, de arriba abajo

mi querida herramienta de trabajo,

ya convertida en arma de combate.

Jamás ni el perro al látigo rendido,

mostró expresión de súplica rastrera

como en aquel momento aquel bandido,

retrocediendo ante mi audacia fiera!

¡Inútil ruego! ¡Aquello fue instantáneo!

Sangrienta nube con sus tonos rojos

separaba aquel hombre de mis ojos.

¡De un golpe nada más le parti el cráneo!

Soy asesino, todo me condena.

Si; fué un asesinato, no fué un duelo.

Merezco la prisión y la cadena.

¡Aún le veo a mis pies, allí, en el suelo!

No hubo gemidos de dolor ni voces.

La cabeza en las manos me escondía,

y todos los inmensos, los feroces

remordimientos de Caín sentía.

Al fin mis compañeros se acercaron,

y, queriendo cogerme, me tocaron.

Les detuve diciendo de esta suerte:

—¡Dejadme a mí! ¡Yo me condeno a muerte!....

Al comprenderme se quedaron quietos.

Yo alargando la gorra con la mano,

de uno en uno pedí:—Para mis nietos

y mi mujer! ¡Una limosna hermano!

Se reunieron diez francos y con eso

ellos tuvieron pan, yo me di preso.

Y aquí tenéis, ¡oh, jueces! relatados

los sucesos del modo más preciso.

por lo cual puede hacerse caso omiso

de lo que van a hablar los abogados.
Fueron al hospital mis nietezuelos.
Mi vieja compañera está en los cielos.
Y a mí, ¿qué me daréis? ¡Poco me importa!
¿Carcel? ¿Cadena? ¡Bah! ¡La vida es corta!
¿Que me absolvéis? ¡No endulza mis rigores!
¿Que a la horca me enviáis? ¡Gracias, señores!

TELON.

LOS MARTIRIOS

DEL PUEBLO.

ENSAYO DRAMATICO

DE

ALBERTO G. BIANCHI,

Representado con extraordinario éxito
en el Teatro de Nuevo-México, la tarde del domingo 23 de Abril de 1876.
El autor fué condenado por el Sr. Lerdo 4 un
año de prision.

JOSE M. VILLASANA, EDITOR.

MEXICO.
IMPRENTA Y LITOGRAFIA DEL "PADRE COBOS."

2.^o DE VANEGAS NUM. 6.

100072

32934

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
ALFONSO F. ...
Abril 1825

de lo que van a hablar los abogados.
Fueron al hospital mis nietezuelos.
Mi vieja compañera está en los cielos.
Y a mí, ¿qué me daréis? ¡Poco me importa!
¿Carcel? ¿Cadena? ¡Bah! ¡La vida es corta!
¿Que me absolvéis? ¡No endulza mis rigores!
¿Que a la horca me enviáis? ¡Gracias, señores!

TELON.

LOS MARTIRIOS

DEL PUEBLO.

ENSAYO DRAMATICO

DE

ALBERTO G. BIANCHI,

Representado con extraordinario éxito
en el Teatro de Nuevo-México, la tarde del domingo 23 de Abril de 1876.
El autor fué condenado por el Sr. Lerdo 4 un
año de prision.

JOSE M. VILLASANA, EDITOR.

MEXICO.

IMPRENTA Y LITOGRAFIA DEL "PADRE COBOS."

2.^o DE VANEGAS NUM. 6.

100072

32934

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
ALFONSO F. ...
Abril 1825

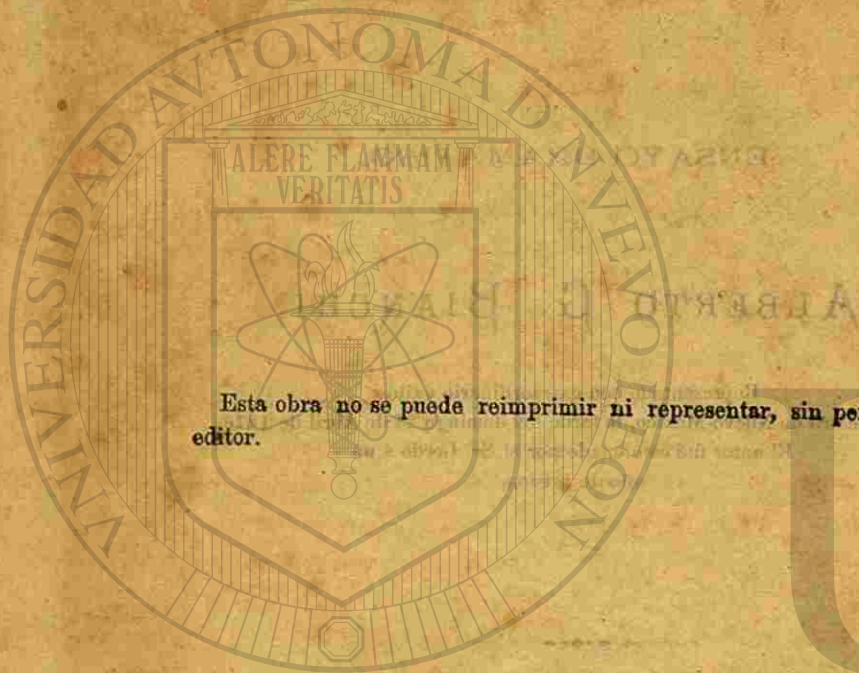
PQ 7297

862

B5

B.

DEL PUEBLO.



Esta obra no se puede reimprimir ni representar, sin permiso del editor.

A LOS OBREROS DE MEXICO.

A vosotros, que sois víctimas de los poderosos y que comenzais á luchar para quitaros el yugo que os oprime, dedico este ensayo dramático.

Para pintar vuestros sufrimientos, he visitado vuestros hogares, y me he conmovido con vuestros infortunios.

Aceptad, pues, mi obra, que tiene por único objeto ensalzar vuestros méritos y copiar vuestros martirios.

Desearia que mi imperfecto ensayo pudiera ablandar el corazon de los que os hacen sus víctimas; pero ya que eso no es permitido á mi pobre capacidad, recibid vosotros, HIJOS DEL TRABAJO, la pura intencion que me anima, y valga ella lo que pueda valer mi obra.

ALBERTO G. BIANCHI.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA "ALFONSO REYES" UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

FONDO RICARDO COVARRUBIAS

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





LOS MARTIRIOS DEL PUEBLO.

DRAMA EN CUATRO ACTOS Y EN PROSA

POR

Alberto G. Bianchi.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
ALERE FLAMMAM
VERITATIS

PERSONAJES.

Paula	Sra. D ^{ca} Soledad Amat.
Juana.....	Sra. D ^{ca} María Cañete.
Bernardo, zapatero.....	Sr. D. Crispin Romero.
Manuel.....	Sr. D. Felipe Montoya.
D. Gerónimo, abogado.....	Sr. D. Ponciano Butanda.
D. Ricardo.....	Sr. D. Mariano Arsinas.
Un agente de policía.....	Sr. D. Rafael Tousseau.
D. Eduardo.....	Sr. D. Felipe Ríos.
Un criado.....	Sr. D. Juan Garibay.

ACTORES.

ACTO PRIMERO.

LA LEVA.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
ALERE FLAMMAM
VERITATIS

PERSONAJES.

Paula	Sra. D ^{ca} Soledad Amat.
Juana.....	Sra. D ^{ca} María Cañete.
Bernardo, zapatero.....	Sr. D. Crispin Romero.
Manuel.....	Sr. D. Felipe Montoya.
D. Gerónimo, abogado.....	Sr. D. Ponciano Butanda.
D. Ricardo.....	Sr. D. Mariano Arsinas.
Un agente de policía.....	Sr. D. Rafael Tousseau.
D. Eduardo.....	Sr. D. Felipe Ríos.
Un criado.....	Sr. D. Juan Garibay.

ACTORES.

ACTO PRIMERO.

LA LEVA.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE

ACTO PRIMERO.

La escena representa un cuarto amueblado pobremente, con sillas de tela y mesas de madera blanca. Herramienta de zapatero.

ESCENA I.

JUANA Y BERNARDO

(dejando de trabajar.)

BERNARDO.—Me parece que he avanzado bastante. Ya no me es posible terminar otro par de zapatos, pero creo que con lo hecho basta, siquiera para que podamos pasar la semana.

JUANA.—Creo que sí, pero te olvidas que Delfina sigue mala, que no hemos tenido con qué pagar al médico, y...

BERNARDO.—Tienes razón; pobre de mi hija; también ella tiene que soportar nuestras miserias.

JUANA.—Es natural, y sobre todo, yo estoy inquieta como si algo malo hubiera de sucederme. Yo veo que mi hija sigue mala, y eso me tiene sumamente alarmada.

BERNARDO.—Si quieres, ahora que me den la *raya*, llamaré al médico; cuando apenas teníamos para comer, no era posible que lo hubiera hecho.

JUANA.—Sí, es verdad; luego que te den la *raya* trae

al médico. No quiera Dios que se muera nuestra hija; hoy lleva siete días de calentura y está muy trastornada, ya no me conoce, se resiste á probar sus alimentos, y yo no sé qué hacer.

BERNARDO.—No te aflijas, mujer; ya verás cómo Dios ha de querer que pronto esté buena: aunque tenga que pedir dinero á premio, hoy traeré al médico. Lo primero es la salud de Delfina; que mientras tenga fuerzas para trabajar, yo saldré de todos mis compromisos.

JUANA.—Como que ni había querido decirte que esta mañana vino á cobrarte D. Anselmo lo que le debes.

BERNARDO.—¡D. Anselmo! Ese hombre me quiere sacrificar. Figúrate que me cobra unos réditos muy crecidos, porque se pasó el tiempo en que debía pagarle; ahora me exige mas del doble de la deuda.

JUANA.—Eso es sacrificar.

BERNARDO.—Sí, eso es sacrificarme.

JUANA.—Y luego que ya nada tenemos que empeñar; todo está en el Montepío desde la enfermedad de Paula, que gracias á Dios ya está buena.

BERNARDO.—Y á propósito de Paula, dime ¿no ha venido Manuel?

JUANA.—Sí; esta mañana cuando saliste, vino, y dijo, que con el cura ya está todo arreglado.

BERNARDO.—¿Y en el Registro Civil?

JUANA.—También; dice que ya nada falta. ¡Y yo que voy á separarme de mi hija! (llora.)

BERNARDO.—¡Vaya! no seas así. Con nosotros Paula no tiene porvenir; yo ya estoy viejo, y cansado de trabajar; y si pronto muero, ¿qué porvenir se le espera?

JUANA.—Pero al fin soy madre, y es natural que sienta su separacion.

BERNARDO.—Está bien; pero eso no debe afligirte, porque al cabo tarde ó temprano había de suceder. Manuel es un artesano honrado, trabajador; no tiene grandes comodidades, pero mi hija podrá ser feliz con él, porque se quieren los dos. Ya ves; tú y yo no hemos vivido nunca sin penalidades, pero nuestro cariño nos ha hecho pasar la vida menos mal; nos hemos sabido comprender.

JUANA.—Pero tú has sido un modelo de esposos.

BERNARDO.—No, hija; tú eres la que has hecho de mí un hombre trabajador. El cariño á la familia me ha hecho laborioso y he buscado siempre cuanto pudiera ser á ustedes agradable.

JUANA.—Hijo, ya se hace tarde. ¿No vas á ver al patron á ver si te *rayan*?

BERNARDO.—Sí; ya voy á que me paguen este trabajo que en otro tiempo valia mucho mas.

JUANA.—Es cierto; de dia en dia pagan todo á menos precio.

BERNARDO.—El trabajo en nuestro pobre país, vale menos cada dia. La condicion del artesano es cada vez mas desgraciada. ¿Como en todo se nos sacrifica á lo que viene del extranjero!

JUANA.—Y luego con las máquinas.....

BERNARDO.—No, hija; las máquinas sirven de auxilio al hombre trabajador... No son ellas la causa de nuestro mal. Las gabelas que el gobierno impone á la industria mexicana y los favores que dispensa á la extranjera son la causa de los males que lamentamos.

JUANA.—Pero ¿por qué se empeña el gobierno en hacer la guerra á sus paisanos?

BERNARDO.—Porque así es todo en el mundo. Aquí valen mas las baratijas que han pasado aguas de mar, que los trabajos de nuestros obreros.

JUANA.—Y sufrimos nosotros por eso.

BERNARDO.—Sí, pero todo tiene fin en esta vida, y tal vez no está lejos el dia en que se aprecie un poco mas el trabajo de los mexicanos.

JUANA.—¿Ojalá que fuera cuanto antes!

BERNARDO.—Pero veo que me estoy divagando en la conversacion y no voy á ver al patron. Ya me voy. (Se pone á recoger su herramienta.)

ESCENA II.

DICHOS Y PAULA.

PAULA.—Parece que Delfina sigue mejor; vengo de allá dentro y la he dejado quietecita.

BERNARDO.—Tal vez se habrá dormido.

PAULA.—Creo que sí.

JUANA.—Tu padre va á traer ahora al médico, á ver si algo le receta, y logramos que cuanto antes esté buena.

PAULA.—Dios lo quiera.

ESCENA III.

DICHOS Y MANUEL.

MANUEL.—Buenas tardes!

JUANA.—Pase usted Manuel.

BERNARDO.—¿Cómo vamos? ¿qué hay de nuevo?

MANUEL.—No hay mas que malas noticias. Parece que la revolucion se pone fea.

BERNARDO.—¿Por qué?

MANUEL.—Yo no sé; pero el caso es que hay una leva espantosa. No se puede andar en la calle sin temor de que la policia le lleve á uno á la Diputacion.

PAULA.—Pues no salgan ustedes.

JUANA.—Sí, no salgan á la calle.

MANUEL.—El caso es que uno necesita salir.

BERNARDO.—Dice bien Manuel; se necesita salir para buscar la vida ¿qué haria uno encerrado entre cuatro paredes?

MANUEL.—Yo no sé como se llama republicano este gobierno, y lleva á uno á culatazos á engrosar las filas.

JUANA.—Todos los gobiernos han sido lo mismo.

BERNARDO.—Es la verdad.

JUANA.—Desde que yo era niña oia hablar de la leva, que siempre tuvo en alarma á toda mi familia.

BERNARDO.—Yo recuerdo que en tiempo de Santa Anna, tomaron de leva á mi pobre padre.

MANUEL.—En ese tiempo quedé yo huérfano, segun me dicen, pues mi padre murió en una batalla.

JUANA.—¿Por qué habrá guerras? Era mejor que todos se pusieran en paz.

BERNARDO.—Hija, mientras los hombres sean ambiciosos y quieran estar arriba, siempre les hemos de servir de escalera.

JUANA.—¿Cómo se llamaba aquel señor que no quiso ser presidente?

BERNARDO.—El general Arista. Ese era un hombre patriota. Pero ahí tienes á unos les hacen la guerra por buenos, y á otros por malos. Al señor don Mariano le hacian la guerra porque no dejaba hacer negocio á los señores de palacio.

JUANA.—Sí; pero él no quiso que hubiera bola.

BERNARDO.—Qué habia de querer. El señor Arista era un hombre honrado y no quiso que por su causa se derramara una sola gota de sangre.

MANUEL.—Hizo bien; y la verdad que si yo fuera presidente, habia de hacer otro tanto.

PAULA.—¿Y qué hacen los presidentes?

MANUEL.—Pues gobernar al país.

BERNARDO.—Y vivir sobre los que trabajamos. Nosotros somos las víctimas de todos los malos gobiernos.

MANUEL.—Y es cierto.

BERNARDO.—A nosotros nos cobran todo mas caro cuando hay miseria, y nos pagan menos por nuestro trabajo.

PAULA.—Pero eso no es justo.

MANUEL.—Ya se vé que no, pero por ahora parece que la justicia no es de esta tierra.

BERNARDO.—Vaya y yo que me estoy hablando, sin acordarme que mi hija está mala. Voy á ver al patron, y de allí me pasaré á ver al médico.

JUANA.—No te dilates mucho, que yo tengo cuidado.

PAULA.—No vayan á tomar á usted de leva.

BERNARDO.—No hija, que cuando vea venir á la comision, me meteré en un zaguan.

MANUEL.—Sí; vaya usted con mucho cuidado.

BERNARDO.—Hasta luego. [*Se va*]

ESCENA IV.

DICHOS MENOS BERNARDO.

JUANA.—Yo me quedo con cuidado por Bernardo.

MANUEL.—No se aflija usted; ya verá como pronto vuelve sin haber sufrido nada.

JUANA.—Dios lo quiera.

PAULA.—Es buena mortificacion que una no pueda vivir nunca tranquila.

JUANA.—Son cosas de esta vida. Los que tienen dinero son los únicos que gozan de comodidades; los pobres sufrimos á todas horas.

MANUEL.—Es cierto, nosotros siempre estamos espuestos á todo lo malo.

JUANA.—Voy á ver á mi hija; no se vaya á despertar [*Se va.*]

ESCENA V.

PAULA Y MANUEL.

PAULA.—¿Por qué no viniste anoche? Te estuvimos esperando.

MANUEL.—Porque tuvimos que velar en la carpintería para entregar unos muebles esta mañana.

PAULA.—Mira que á mi no me engañas.

MANUEL.—Nunca he tenido para qué engañarte.

PAULA.—Es que luego.....

MANUEL.—¿No vine esta mañana?

PAULA.—Sí pero.....

MANUEL.—Pues esta mañana estaba desocupado y como ya se entregó la obra, en la tarde salimos mas temprano del taller, y luego me vine para acá.

PAULA.—¿No fuiste á otra parte?

MANUEL.—¿A qué?

PAULA.—Tú lo sabrás mejor que yo.

MANUEL.—Francamente, no entiendo una sola palabra de lo que me estás diciendo.

PAULA.—Pues si no entiendes, será porque no quieres, porque me parecé que hablo bastante claro.

MANUEL.—¡Bah!, explícame.

PAULA.—¿Quieres que te endulce el oído?

MANUEL.—¿Y dale!

PAULA.—Ya sé que tú vas muy seguido allí enfrente.

MANUEL.—¿A casa de D. Sóstenes?

PAULA.—Sí.

MANUEL.—Pero eso no tiene nada de particular, don Sóstenes es para mí una persona de mucho cariño, le debo muchos favores y.....

PAULA.—Pero no solo vas por él.

MANUEL.—Yo no sé por quién.

PAULA.—Es que Romana no te parece costal de alesnas.

MANUEL.—¿Su hija?

PAULA.—Sí.

MANUEL.—Vaya que me das risa. ¿No sabes que Romana está para casarse? y luego que yo nunca le he dicho nada; te lo puedo asegurar.

PAULA.—Si ustedes los hombres son muy malos, no hay que creerles una sola palabra de todo lo que dicen.

MANUEL.—Tú estás celosa y no tienes razon.

PAULA.—Siempre dicen lo mismo, y el caso es que una...

MANUEL.—Ya me conoces. Yo no soy capaz de engañarte.

PAULA.—Pero á mí me han dicho que tú vas muy seguido á su casa, y eso siempre no me gusta.

MANUEL.—Ya te he dicho por qué voy. No seas celosa.

PAULA.—Dios me libre de serlo; yo solo sospechaba que ella te queria atrapar.

MANUEL.—Vaya, tú no sabes lo que dices, Paula. ¿Quién había de ponerse á conquistarme?

PAULA.—Ello es que como suceden tantas cosas...

MANUEL.—No tengas cuidado, que si quieres no iré mas que de tarde en tarde á la casa de D. Sóstenes. ¿Te contentas con eso?

PAULA.—No lo mereces. Si los hombres...

MANUEL.—¿Qué?

PAULA.—El mejor no sirve mas que para hacer perjucios.

MANUEL.—Déjate de tonterías: los hombres no son tan malos, cuando ustedes hacen de ellos todo lo que quieren.

PAULA.—Si se dejan.

MANUEL.—Es el caso que ellos siempre se dejan. Son como los borregos, se dejan llevar por ustedes hasta un precipicio.

PAULA.—Ojalá que eso fuera verdad.

MANUEL.—Pues si lo es..... (pausa) pero á todo esto, ¿se te pasó el enojo?

PAULA.—Sí.

MANUEL.—¿No me volverás á reconvenir?

PAULA.—Siempre que no me engañes.

MANUEL.—Puedes estar segura de que yo no te engaño, ni te engañaré nunca. Sé cumplir mi palabra aunque me esté feo el decirlo.

PAULA.—Pues si no me has de engañar, entonces si me contento contigo, sino francamente....

MANUEL.—No hablemos de esto. Voy á traerte tu regalo de todos los sábados.

PAULA.—¿Qué?

MANUEL.—No te lo he de decir.

PAULA.—Sí; yo quiero saber; anda dime, ¿qué me vas á traer?

MANUEL.—Espérate y lo veras; no me dilato.

PAULA.—Pero....

MANUEL.—No seas curiosa.... ya vuelvo. (se vá)

ESCENA VI.

PAULA.

PAULA.—Y se fué. ¿Qué me irá á traer? ¡Pobre de Manuel, yo siempre le estoy dando celos, pero él es tan bueno conmigo.....!

ESCENA VII.

PAULA Y JUANA.

JUANA.—Hija, parece que tu hermana está muy grave. Ya hace mucho que se fué tu padre y no vuelve.

PAULA.—No madre, hace poco que salió.

JUANA.—Sí, pero yo estoy tan impaciente, que me parecen años los que se dilata.

PAULA.—Tenga usted paciencia, qué no ha de tardar en venir.

JUANA.—No sé por qué tengo tanto cuidado con la enfermedad de tu hermana.

PAULA.—¡Vaya! porque es usted tan buena. A mí también me cuidó usted mucho en mi enfermedad, y sino hubiera sido por eso, tal vez me hubiera muerto.

JUANA.—Bendito sea Dios que no, y que te conservó la vida.

PAULA.—¿Por qué no le hace usted otros remedios á Delfina?

JUANA.—Es mejor esperar á que venga el médico: él ha de saber mejor lo que tiene, y con las medicinas de la botica se pondrá bien, los remedios caseros no sirven en estos casos.

PAULA.—Yo estoy en que siempre sirven bastante; á mí nadie me quita de la cabeza que me alivié con aquella bebida que usted me dió.

JUANA.—Puede ser; pero siempre esperaremos á que venga el médico.

PAULA.—Si usted quiere lo esperaremos.

ESCENA VIII.

DICHOS Y D. EDUARDO.

JUANA.—Tocan la puerta.

PAULA.—Pase usted, señor.

EDUARDO.—¿No está aquí Bernardo?

JUANA.—No Señor, acaba de salir.

EDUARDO.—¿A donde fué?

JUANA.—A ver al médico, porque tenemos enferma á mi otra hija, ya va á hacer ocho días.

EDUARDO.—¿Y hasta ahora van á ver al médico?

PAULA.—Si Señor.

EDUARDO.—Vaya una idolencia!

JUANA.—Como somos tan pobres y á veces nos falta hasta lo muy necesario para comer, ¿qué quería usted que hiciéramos?

EDUARDO.—Por los hijos todo se sacrifica; pero bien visto eso nada me importa. Yo he venido á otra cosa.

PAULA.—¿Qué?

JUANA.—Pero no está aquí Bernardo.

EDUARDO.—Pues bien señora, dígame usted á su marido que ya hace mas de dos meses que no me paga la renta de la casa y que tengo orden del juez para que me la desocupen sino me pagan mañana mismo.

JUANA.—Pero, Señor.....

EDUARDO.—¿Qué quiere usted? Ya es mucho tiempo, y se me hace mala obra.

PAULA.—¿Pero nos haría usted el favor de esperar á que se alivie mi hermana?

EDUARDO.—¿Y quién me indemniza de los daños y perjuicios que sufra con esta demora?

JUANA.—Dios le ha de pagar á usted que sea caritativo con nosotros.

EDUARDO.—Siempre dicen ustedes lo mismo, y es el caso que yo no veo trazas de que su marido me pague.

PAULA.—Pero Señor, usted no tiene necesidad....

EDUARDO.—¿Que no tengo necesidad? Los tiempos están bastante malos, y yo les puedo asegurar que el dinero nunca está de sobra.

JUANA.—Ya se ve; pero nosotros, Señor, tenemos enferma; el trabajo está escaso y mal pagado; vivimos en fin, con grandes apuraciones.

EDUARDO.—Esa culpa no es mia; yo tengo mi casa para alquilarla, no para que vivan en ella de balde.

PAULA.—Señor, todo se pagará.

EDUARDO.—Sí, el día del juicio; y entre tanto el gobierno exige las contribuciones; sobre todo las que ha impuesto con motivo de sus facultades extraordinarias.

JUANA.—Permítanos usted siquiera quince días para buscar casa y ver si mi hija se mejora.

EDUARDO.—Yo no puedo perder el tiempo, que es para mí, dinero. Mañana me harán ustedes el obsequio de desocuparme la casa, sino quieren que los agentes de la justicia echen esos trastos á la calle.

JUANA.—Señor yo le ruego á usted que tenga compasión de nosotros.

PAULA.—Sí; yo tambien se lo suplico. No es posible que salgamos mañana de esta casa.

EDUARDO.—Lo siento mucho, pero nada me es posible hacer por ustedes. Señora hágame usted el favor de avisarle á su marido.

JUANA.—Pero....

EDUARDO.—Que pasen ustedes buenas tardes. *(se vá)*

ESCENA IX.

PAULA Y JUANA.

JUANA.—Mañana mismo, no puede ser. ¿Cómo hemos de desocupar la casa estando tu hermana enferma?

PAULA.—Pero no, quizá Don Eduardo accederá á las súplicas que le hicimos.

JUANA.—No hija. Los ricos siempre tienen corazón de piedra y no escuchan las quejas de los pobres.

PAULA.—¿Pero esos hombres no tienen alma?

JUANA.—No comprenden los sufrimientos á que estamos espuestos los pobres; como viven llenos de tesoros y nada les falta....

PAULA.—Por eso no socorren á los pobres en su desgracia.

JUANA.—¿Pero qué haremos?

PAULA.—Conformarnos con nuestra suerte.

JUANA.—Pero esto no puede ser; tu hermana está enferma y no tenemos recursos. Para tomar otra casa se necesita fianza y nosotros no tenemos quien nos la dé, y luego que ¿dónde podemos irnos? No se puede. Tus vestidos están en el montepío; el que traes puesto es el mejorcito; yo no tengo ya nada, pues llevé á la esquina anticier aquel anillo que me regaló mi padre y era lo que me quedaba.

PAULA.—Madre; iré á servir en alguna parte; con lo que gane podré ayudar á ustedes. Le ofrecemos á Don Eduardo mi sueldo, y él viendo que tenemos disposicion de pagarle, no nos echará de la casa.

JUANA.—Dices bien; pero se paga tan mal á las sirvientas y luego que eso no puede ser; tú te vas á casar y dentro de pocos dias ya eres de tu marido.

PAULA.—Manuel me permitirá trabajar para ayudar á ustedes.

JUANA.—No, hija, él no puede permitir eso, figúrate ¿qué dirian sus compañeros?

PAULA.—Pero es necesario que paguemos, porque si no nos echan de esta casa.

JUANA.—Deja esos pensamientos, y ve á ver á tu hermana.

PAULA.—Sí, madre. *(se vá.)*

ESCENA X.

JUANA.

JUANA.—Pobre de Paula; tan buena. Ella quisiera poder-nos ayudar, pero es imposible. Son tantos mis pesares que no sé como Dios me ha dado fuerzas para resistirlos.

ESCENA XI.

JUANA Y PAULA.

PAULA.—Madre, Delfina está ardiendo en calentura; dice que tiene sed. Seria bueno darle una poca de agua fresca.

JUANA.—Dices bien... pero se me olvidaba que ayer se acabaron los limones y no hay con que comprar.

PAULA.—¿Qué desgracia es ser pobre!

JUANA.—Pero en fin, dale aunque sea una poca de agua de azúcar... Ahí están unos terroncitos sobre la mesa.

PAULA.—Se me ocurre una idea.

JUANA.—¿Cuál?

PAULA.—Voy á pedirle una naranja á D' Petra, la vecina; ya sabe usted que es una persona muy buena.

JUANA.—Es tan feo pedir.....

PAULA.—Pero es para mi hermana que está mala.

JUANA.—Anda y no te dilates.

ESCENA XII.

JUANA.

JUANA.—Decididamente mi hija tiene un corazon de ángel. Dios la bendiga.

ESCENA XIII.

JUANA Y D. RICARDO,

RICARDO.—¿Se puede entrar?

JUANA.—Pase usted señor.

RICARDO.—¿No está aquí el maestro? (Y no está aquí la muchacha.)

JUANA.—No Señor; salió no hace mucho, pero me parece que no debe tardar. Si quiere usted esperararlo....

RICARDO.—(¿Donde estará la otra?) Yo tengo mucho que hacer.

JUANA.—Si yo puedo saber....

RICARDO.—Venía á que me tomara medida para hacerme unos botines.

JUANA.—Si usted quiere dejar dicho donde, él pasará á la casa de usted, tan luego como venga.

RICARDO.—No; mejor volveré dentro de un rato ó mañana. Hasta luego, señora. (Y la otra que no ha salido. Volveré.)

JUANA.—Adios.

ESCENA XIV.

JUANA Y PAULA.

PAULA.—Madre, no lo quiero creer. ¡Qué desgracia!

JUANA.—¿Qué te pasa?

PAULA.—Que se han llevado de leva á mi padre y á Manuel.

JUANA.—No puede ser.

PAULA.—Si me lo ha dicho el hijo de D.^a Petra que los vió. Dice que Manuel quiso defender á mi padre, y entonces los de la comision les dieron de cintarazos á los dos y se los llevaron.

JUANA.—¡Virgen santa! ¿Qué haremos?

PAULA.—¡Madre de mi alma!

JUANA.—¡Malditos sean los que así nos hacen llorar!

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

LA

GENEROSIDAD.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

JUANA.—No Señor; salió no hace mucho, pero me parece que no debe tardar. Si quiere usted esperarlo....

RICARDO.—(¿Donde estará la otra?) Yo tengo mucho que hacer.

JUANA.—Si yo puedo saber....

RICARDO.—Venía á que me tomara medida para hacerme unos botines.

JUANA.—Si usted quiere dejar dicho donde, él pasará á la casa de usted, tan luego como venga.

RICARDO.—No; mejor volveré dentro de un rato ó mañana. Hasta luego, señora. (Y la otra que no ha salido. Volveré.)

JUANA.—Adios.

ESCENA XIV.

JUANA Y PAULA.

PAULA.—Madre, no lo quiero creer. ¡Qué desgracia!

JUANA.—¿Qué te pasa?

PAULA.—Que se han llevado de leva á mi padre y á Manuel.

JUANA.—No puede ser.

PAULA.—Si me lo ha dicho el hijo de D.^a Petra que los vió. Dice que Manuel quiso defender á mi padre, y entonces los de la comision les dieron de cintarazos á los dos y se los llevaron.

JUANA.—¡Virgen santa! ¿Qué haremos?

PAULA.—¡Madre de mi alma!

JUANA.—¡Malditos sean los que así nos hacen llorar!

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

LA

GENEROSIDAD.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



ACTO SEGUNDO.

La escena representa una sala regularmente amueblada.—Una mesa con libros á la derecha; á la izquierda un escritorio.
Puerta en el fondo.

ESCENA I.

D. GERONIMO Y D. EDUARDO,

GERONIMO.—Pues como decia á vd. amigo mio, á los pobres es necesario tratarlos con alguna consideracion y darles esperas.

EDUARDO.—Pero es que yo tengo mis casas para alquilarlas y no para que me hagan mala obra, y si vd. no entabla juicio por desocupacion de casa, me veré en la precision de recurrir á otro abogado.

GERONIMO.—Puede usted hacer lo que guste, que al fin es muy dueño de sus intereses.

EDUARDO.—Pero no se ofenda usted, es que....

GERONIMO.—Es que usted no quiere ya depositar en mí su confianza, y en eso francamente, está usted en su mas perfecto derecho.

EDUARDO.—¡Qué ideas! De ninguna manera; yo no podria retirar á usted mi confianza.

GERONIMO.—Entonces pudo usted escusar su amenaza.

EDUARDO.—Vamos; no se hable mas de esto. Es que ahora vengo tan preocupado que no sé que hacer. Ayer tarde fuí á la casa del maestro Bernardo, y aunque les dí órden de que salieran de la vivienda, me han salido con que no pueden porque les falta dinero, que tienen enfermo y no sé cuantas cosas mas. Y francamente me veré precisado á echarles los muebles á la calle.

GERONIMO.—¿Y qué ganará usted, con eso? Exponer á los pobres á sufrir mas de lo que sufren y á perder el dinero. Sea usted ahora indulgente con ellos y verá como despues agradecidos logran pagarle.

EDUARDO.—Usted está creyendo que el mundo es de ángeles y no de hombres.

GERONIMO.—No; pero yo creo que se debe considerar un poco á los pobres.

EDUARDO.—Bien se conoce que á usted no le exige el gobierno la contribucion que ha impuesto con motivo de las facultades extraordinarias.

GERONIMO.—¿Y con echar á la calle los muebles de esos infelices, tiene usted dinero para satisfacer esa contribucion?

EDUARDO.—No, pero....

GERONIMO.—No hay pero que valga; usted no ha ganar un solo centavo con perjudicar esa á pobre gente, y sí se expone á perder la deuda.

EDUARDO.—Pero yo no sé que partido tomar.

GERONIMO.—Deles usted un plazo razonable y ellos podrán pagarle aunque sea en abonos, y así no pierde usted del todo.

EDUARDO.—(Puede que tenga razon.) Pues casi estoy por hacerlo, pero y si luego no me pagan....

GERONIMO.—Déjeme usted ese asunto que yo procuraré arreglarlo de la mejor manera posible.

EDUARDO.—Usted siempre compasivo, señor Licenciado, y á la verdad que hay ocasiones en que se hacen unos negocios tan malos....

GERONIMO.—Si usted me retira su poder escuso seguir hablando del asunto.

EDUARDO.—Vamos, amigo, no hay que incomodarse por esas cosas.

GERONIMO.—Es que á mí, ante todo me gusta la franqueza, y si usted ha de seguir con esas vacilaciones, le dejo todos sus negocios á las personas que me designe.

EDUARDO.—Si ya le he dicho que estoy preocupado y no debe hacer caso de mis humoradas.

GERONIMO.—Está bien, pero yo exijo de usted una condicion, si quiere que sea su apoderado. Déjeme obrar libremente, y no estorbe usted el giro que yo imprima á sus asuntos.

EDUARDO.—Pero yo desearia....

GERONIMO.—Nada; lisa y llanamente ¿acepta usted mi condicion? ¿Si, ó nó?

EDUARDO.—Es preciso pensar un poco, porque me parece necesario....

GERONIMO.—Entonces nombre usted un nuevo apoderado; yo no puedo seguir con sus negocios de esa manera.

EDUARDO.—(Y luego mis compromisos con este hombre.) Vea usted, hablaremos sobre el particular....

GERONIMO.—Ya sabe usted que yo soy hombre de pocas palabras, y no me gusta perder el tiempo; si usted acepta mi condicion, debe decírmelo en el acto á fin de que yo sepa á que atenerme.

EDUARDO.—Pues bien;.... haga usted lo que guste; pero ya conoce mis urgencias.

GERONIMO.—(Sí, ya te conozco.) Está bien no quedará usted descontento; al fin yo tengo mas sangre fria para tratar esos negocios....

EDUARDO.—Y es la verdad.

GERONIMO.—Si usted echara á la calle al maestro Bernardo, no le pagaria, mientras que con mi sistema, podemos lograr algo por lo pronto. Ya sabe usted el refran: "poco á poco se anda lejos."

EDUARDO.—No deja usted de tener razon.

GERONIMO.—(Ya le hice que ejecutara una buena accion aunque sea por interes.) ¿Y qué tal va la política?

EDUARDO.—Mal; la situacion empeora diariamente, y este gobierno nos sacrifica....

GERONIMO.—Siempre ustedes los ricos quejándose de todos los gobiernos.

EDUARDO.—¡Ay amigo! es que todos nos dan buena guerra.

GERONIMO.—Pues ustedes son los que menos deberían quejarse, porque al fin les exigen solo dinero, le pagan, y santas pascuas.

EDUARDO.—¿Qué mas quería usted que nos exigiese?

GERONIMO.—Líbreme Dios de querer algo mas; no señor pero comparo la conducta que observa con ustedes y la que sigue con la clase pobre, con los artesanos, y á estos los veo mas sacrificados.

EDUARDO.—Es que ellos...

GERONIMO.—Es que ellos son las víctimas de los abusos y de la tiranía. Los hombres trabajadores son sacrificados en todo y por todo; la situacion se pone mala, y ustedes los dueños de fincas para no perder, cobran doble renta; el comerciante sube de precio á sus efectos, el dueño de hacienda reduce los jornales porque no tiene consumo, y el pobre que trabaja todo el dia, es la víctima.

EDUARDO.—Pero deberían cobrar mas por su trabajo....

GERONIMO.—Deberían..... sí, pero como tienen sobre ellos la amenaza de que se traerá todo del extranjero, se conforman con lo que se les da á fin de no empeorar mas su situacion.

EDUARDO.—Tiene usted unas ideas muy raras....

GERONIMO.—Puede ser, pero yo tengo la firme conviccion de que nuestros obreros no pueden prosperar sin una decidida proteccion.

EDUARDO.—Pero el consumidor pierde.

GERONIMO.—Se engaña usted porque el consumidor es á la vez productor, y cuando una clase de la sociedad perezca, tarde ó temprano se resentirá en todo el desequilibrio.

EDUARDO.—Con todo; siempre á nosotros nos esquilma el gobierno.

GERONIMO.—No digo que no; pero en comparacion del artesano, son ustedes muy felices.

EDUARDO.—No tanto.

GERONIMO.—Sí, porque á ustedes no los obligan á servir en las filas del ejército, ni los hacen abandonar á sus familias.

EDUARDO.—Eso es verdad, pero....

GERONIMO.—Los ricos siempre se quejan y si fueran mas amantes de ese pueblo que les forma sus tesoros, deberían no ser indolentes.

EDUARDO.—¿Y qué debemos hacer?

GERONIMO.—Por medio de la union y el espíritu de empresa, proteger el trabajo, y por medio del derecho de iniciativa procurar la mejora de los hombres trabajadores.

EDUARDO.—Vaya que está usted hoy predicador hasta mas no poder. Que le haga á vd. buen provecho. Hasta luego. *(se vá)*

ESCENA II.

DON GERONIMO.

GERONIMO.—No se puede decir la verdad á estos hombres, sin que no se hagan sordos á la voz de la razon. Los ricos debian ser suprimidos si solo habian de ser la rémora del progreso humano.

ESCENA III.

DICHOS Y UN CRIADO.

CRIADO.—Señor: dos mugeres desean hablar con usted.

GERONIMO.—¿Vienen solas?

CRIADO.—Sí Señor.

GERONIMO.—(¿Qué querrán? Y yo que iba á salir.)

CRIADO.—¿Qué les digo?

GERONIMO.—Dí que pasen.

ESCENA IV.

GERONIMO, PAULA Y JUANA.

JUANA.—¿Es usted el señor licenciado D. Gerónimo González?

GERONIMO.—Sí, yo soy.

JUANA.—Pues mi hija y yo venimos á darle á usted una molestia.

GERONIMO.—¿Qué querían ustedes?

JUANA.—Dile tú al señor licenciado.

PAULA.—Pues señor; ayer salió mi padre á entregar la obra que habia hecho en la semana y en el camino le encontró la comision y se lo llevó de leva.

GERONIMO.—¿Y bien?

PAULA.—Un jóven.....

JUANA.—Su novio, señor.

GERONIMO.—¿Ah, ya!

PAULA.—Pues ese jóven quiso defender á mi padre y entonces los de la policía les dieron á los dos de cintarazos y se los llevaron á la Diputacion.

JUANA.—Preguntamos á una vecina qué seria bueno hacer y nos dijo que viniéramos á ver á usted para que pidiera amparo..... que así habia sacado usted á su marido del cuartel.

GERONIMO.—Pero entonces era otra cosa; ahora con las facultades extraordinarias, de nada servirá que vaya á pedir amparo.

JUANA.—Pues en usted tenemos puesta nuestra confianza.

PAULA.—Figúrese usted, señor, que mi padre no pudo entregar la obra, que mi hermana mas chica está muy grave, que no tenemos para ver al médico.....

GERONIMO.—Pero.....

JUANA.—Y que hoy en la mañana no hemos probado alimento ni mi hija tampoco.

GERONIMO.—¿Qué gobierno! ¿Y él es el único hombre de la familia?

JUANA.—Sí señor, el único que pobremente nos sostenia, pero sin él, no tenemos ni á quien volver los ojos; por eso queremos su libertad.

GERONIMO.—Veré lo que puedo hacer por ustedes. Entretanto lleven un médico á ver á esa pobre niña, yo le pagaré.

PAULA.—Gracias señor, es usted muy bueno.

GERONIMO.—No, yo no hago nada.

JUANA.—¿Con qué pagaremos á usted tanta bondad?

GERONIMO.—¡Bah! ¡bah!, no empiezen ustedes con esas cosas que no es para tanto.

PAULA.—Usted es nuestra providencia.

GERONIMO.—Pero ustedes no han comido segun las oí decir... vaya ahí tiene usted, señora, siquiera para que puedan pasarla hoy. *(le dá unas monedas.)*

JUANA.—¿Cuánta bondad! Yo serviré á usted en lo que guste mandarme; no sé con qué pagarle sus beneficios.

PAULA.—Ni yo sé como recompensar su generosidad.

GERONIMO.—Vamos, hijas, no digan esas cosas; lo que yo hago, no vale la pena para que me lo agradezcan. Voy á ver que logro hacer por su marido de usted... pero á todo esto ¿cómo se llama?

JUANA.—Bernardo Ruiz, servidor de usted.

GERONIMO.—¿No es un zapatero que vive en la calle del Amor de Dios?

PAULA.—Sí, señor.

GERONIMO.—¿En casa de D. Eduardo Herrera?

JUANA.—El mismo, y nos ha dicho que si no desocupamos hoy la casa, nos echa á la calle.

GERONIMO.—¿Eso dijo?

PAULA.—Sí señor.

GERONIMO.—Pues no las echará á ustedes, porque yo sin saber como, lo he evitado ya.

PAULA.—Señor, usted no puede hablar sin hacer beneficios.

GERONIMO.—¿Quia! hija, si esto ha sido una casualidad.

JUANA.—¿No nos echará D. Eduardo de la casa?

GERONIMO.—Vivan ustedes sin cuidado que ya no las molestará mas con sus impertiencias.

ESCENA V.

DICHOS Y UN CRIADO.

CRIADO.—Abí está el señor don Ricardo.

GERONIMO.—Dile que puede pasar.

PAULA.—Entonces señor, ya nos vamos y siempre conservaremos á usted nuestra gratitud.....

GERONIMO.—No; quiero que vea á ustedes ese señor. Es amigo mio.

ESCENA VI.

DICHOS Y RICARDO.

RICARDO.—Señor licenciado, ¿cómo vamos?

GERONIMO.—Así, así, amigo mio; y vd. ¿qué tal va?

RICARDO.—Perfectamente; pasé por aquí y no quise desperdiciar la oportunidad de verle (*viendo á Paula.*) ¡Calle! si es la misma que yo buscaba.)JUANA.—(*Mirando á Ricardo.*) (Esta cara no me es desconocida.)

GERONIMO.—Agradezco á usted infinito su atencion; pero ante todo deseo hablarle de un asunto en que quizá pueda usted ayudarme.

RICARDO.—Si puedo, con mucho gusto.

GERONIMO.—El padre de esta jóven ha sido aprehendido..... de leva.

PAULA.—Y tambien Manuel.....

GERONIMO.—¡Ah! su novio tambien; y á todo esto ¿cómo se llama?

JUANA.—Manuel Hernandez.

GERONIMO.—Pues bien; esos hombres han sido sorprendidos por la leva, y estas pobres mujeres han quedado en la miseria y en el abandono.

JUANA.—Sí señor; no tenemos ni para lo mas preciso.

GERONIMO.—Como usted sabe, la justicia federal es en estos momentos poco menos que un espantajo; aunque concediera el amparo, el Ejecutivo no le respetaria y todo seria de balde.

RICARDO.—¿Y yo qué puedo hacer?

GERONIMO.—Vamos, hombre; usted por su posicion social tiene grande influencia en el Ministerio de la Guerra y no creo difícil que logre usted la libertad de esos hombres, si se empeña en ello.

JUANA.—Ah, señor, cómo le bendiciremos á usted.

PAULA.—Háganos vd. ese inmenso favor.

RICARDO.—[Esta es buena oportunidad.] Yo haré lo que pueda; á nada me comprometo, porque las cosas están muy delicadas, pero en fin yo le hablaré esta tarde al ministro.

JUANA.—Muchas gracias, señor, por tanta bondad.

PAULA.—Que Dios les pague sus buenas acciones.

GERONIMO.—Déjese usted de eso.....

JUANA.—Nos retiramos, señor.

GERONIMO.—Sí; hasta luego.

PAULA.—Adios.

RICARDO.—Adios. (*Esta chica no tiene malos bigotes.*)
(*Se van Paula y Juana.*)

ESCENA VII.

GERONIMO Y RICARDO.

GERONIMO.—¡Pobres gentes! ¿Pero es posible que esto suceda en una república regida por instituciones libres?

RICARDO.—Qué quiere vd. De alguna manera se ha de sostener el gobierno.

GERONIMO.—Pero hombre, dejar á las familias en la miseria es una infamia.

RICARDO.—Mas..... yo no sé lo que usted quiere. Ni usted ni yo hemos de defender al gobierno de sus enemigos.

GERONIMO.—¿Por qué se cria el gobierno esos enemigos?

RICARDO.—Yo no sé; pero ya que los tiene se ha de defender de ellos.

GERONIMO.—Usted dirá lo que quiera, pero el sistema de reclutamiento que se sigue en México, es el menos á propósito.

RICARDO.—El caso es que no hay otro.

GERONIMO.—Ahí tiene usted á esas pobres mujeres, abandonadas, en la miseria, sin apoyo, sin una persona que vea por ellas. Esto es infame; sí, esa es la palabra. Se necesita tener un corazón de roca para no conmoverse con sus sufrimientos.

RICARDO.—Sí, pero yo no comprendo qué sistema pueda emplear el gobierno para cubrir las bajas del ejército.

GERONIMO.—¡Hombre! cualquiera..... aquel en que usted, yo y todo hijo de vecino esté obligado á tomar las armas, pero por determinado tiempo y de cierta manera.

RICARDO.—Yo no podría servir de soldado..... mi educación.....

GERONIMO.—Bien; pero pagaría vd. su reemplazo y los pobres á quienes tocara el servicio de las armas, serían menos, y sabiéndolo de antemano, se prepararían á todo.

RICARDO.—Puede ser.....

GERONIMO.—No puede ser, sino que sería lo mejor. A los gefes de familia que son el único sostén de esta, no se les pueda obligar á que sirvan en el ejército.

RICARDO.—Vamos, amigo D. Gerónimo, vd. quiere convertir esta república.....

GERONIMO.—En eso precisamente, en una república donde se respeten las leyes, donde la igualdad no sea una vana teoría, donde no haya clases privilegiadas, en donde todos los ciudadanos tengan los mismos deberes y los mismos derechos.

RICARDO.—¿Pero es eso posible?

GERONIMO.—Debe serlo, y así lo reclaman las instituciones democráticas; de otra manera tendremos una farsa, una dictadura, y no una república liberal.

RICARDO.—Sueños son esos que usted quiere plantear en México.

GERONIMO.—No sé por qué puedan ser sueños.

RICARDO.—Porque me parece de lo mas irrealizable.

GERONIMO.—Pues entonces que no se nos engañe; yo no puedo tolerar un gobierno que castiga el plagio y se convierte en plagiario. ¿Con qué derecho se castiga al criminal del orden comun y no al que ocupa los escaños del poder?

RICARDO.—Es que hay su diferencia.....

GERONIMO.—Yo no veo ninguna absolutamente. Nada; decididamente nuestras leyes necesitan reformas convenientes para las sufridas clases trabajadoras, que siempre son las víctimas.

RICARDO.—Usted siempre con su tema.

GERONIMO.—A mi nadie me podrá quitar de la cabeza mis ideas sobre el particular.

RICARDO.—Pero me parece que hemos hablado bastante de esos asuntos: tengo que hacer; ya tuve el gusto de saludarle y en seguida me voy á arreglar varios negocios.

GERONIMO.—No se olvide usted de ver al ministro.

RICARDO.—No, no me olvidaré.

GERONIMO.—Vea que en usted tienen fijas sus esperanzas esas pobres, y yo tambien en esto, á usted me confío.

RICARDO.—¡Ah! no tenga usted cuidado. (Ya veremos lo que conviene hacer.) *(Se va.)*

ESCENA VIII.

GERONIMO.

GERONIMO.—Me ha dado mucho en que meditar la desgracia de estas pobres. Dejarlas solas, expuestas á mil peligros y sobre todo en la miseria. Vamos, se ven cosas en este mundo que parecen increíbles. *(Toca la campanilla.)*

ESCENA IX.

DICHOS Y UN CRIADO.

CRIADO.—¿Mande vd?

GERONIMO.—Traeme mi levita.

CRIADO.—Voy.
 GERONIMO.—¡Ah! no olvides mi sombrero y mi baston.
 (Se va el criado y á poco vuelve con lo que se le pidió.)

ESCENA X.

GERONIMO Y EDUARDO.

EDUARDO.—He vuelto por aquí, solamente á recordarle que no se olvide de aquel asunto de que le hablé ayer.
 GERONIMO.—Sí, ya sabe usted que yo soy bueno para un empeño.
 EDUARDO.—Es que luego es usted tan olvidadizo.
 GERONIMO.—Le ruego que me deje en paz.
 EDUARDO.—Pues.....
 GERONIMO.—Trato es trato; hace poco me dejó usted en entera libertad para obrar.
 EDUARDO.—Sí, tiene usted razon.
 GERONIMO.—Pues me parece que no tenemos mas que hablar.
 EDUARDO.—Entonces, hasta luego.
 GERONIMO.—Sí, hasta luego.

ESCENA XI.

GERONIMO, DESPUES EL CRIADO.

GERONIMO.—Preparémonos á salir (se pone la levita.)
 Ya es tarde y sobre todo en el juzgado sesto no habrán dejado de esperarme un poco, pero apenas puedo con tanto que hacer.
 CRIADO.—Señor, ahí está una de las mugeres que vino hace poco.
 GERONIMO.—Vamos, no me dejarán salir.
 CRIADO.—¿Digo que no está usted?
 GERONIMO.—No hombre, díle que pase.

ESCENA XII.

JUANA Y GERONIMO.

JUANA.—Señor licenciado, eso es imposible. Dicen que esta noche se llevan á mi marido por el tren; de rodillas le pido que lo salve.
 GERONIMO.—Hija mia!, si yo no puedo hacer tanto; ya le hablé á ese señor.....
 JUANA.—Pero si esta noche se lo llevan ¡qué será de nosotras, abandonadas, sin un apoyo?
 GERONIMO.—(Pues señor, como no soy ministro, ó algo para poder servir á esta mujer.)
 JUANA.—Si usted no habla por él, señor Licenciado...
 GERONIMO.—Sí, yo hablaré.....
 JUANA.—¿Qué bueno es usted señor!
 GERONIMO.—¿Pero dónde está su marido de usted?
 JUANA.—En el cuartel de supremos poderes.
 GERONIMO.—Entonces vamos á ver que se puede hacer.
 JUANA.—Sálvele usted señor.
 GERONIMO.—Sí, hija; yó haré todo lo posible, vamos.

(Cae el telon.)



ACTO TERCERO.

LA INFAMIA.

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



ACTO TERCERO.

La misma decoracion del primer acto.

ESCENA I.

JUANA Y PAULA.

JUANA.—¿Cómo nos hacen sufrir en este mundo! ¿Dónde se podrá encontrar la verdadera felicidad?

PAULA.—No se afija usted madre que Dios nos socorrerá; verá usted, él ha de velar por nosotras.

JUANA.—Tú eres muy buena: sufres y quieres consolarme, quieres ocultarme lo que estoy viendo.

PAULA.—Pero ¿qué se aventaja con que estemos sufriendo?

JUANA.—No hija; yo sufro solo por tí.

PAULA.—Por mí.... ¡ah! no debe usted estar triste por eso; yo tengo fuerzas para resistir la desgracia.... usted es quien debe cuidarse.

JUANA.—¿Pero habrá mayor desgracia que la nuestra?

PAULA.—Cada uno siente sin ver á los mas infelices.

JUANA.—Pero hija, nosotras no podemos ser mas desgraciadas; el único hombre que nos sostenia ha sido llevado á la guerra. El gobierno nos ha dejado en la orfandad, y lloramos en balde, porque nuestras lágrimas no le conmueven.

PAULA.—¡Madre! *(con dolor)*

JUANA.—Tú ibas á casarte; soñabas con la felicidad, y los agentes de policía te quitaron al que iba á ser tu esposo, tu apoyo en esta tierra.

PAULA.—Yo maldigo á los que tanto mal nos hacen....

JUANA.—No, hija; perdónalos. Ellos nos hacen llorar, pero Dios los castigará.

PAULA.—¿Dónde estará mi padre? ¿Dónde se hallará Manuel?

JUANA.—¿Quién sabe! Ya hace ocho días que se los llevaron, sin dejar que los viéramos por última vez. ¡Mi pobre marido! Debe haberse ido con el corazón hecho pedazos; no pudo abrazarme, ni decirte adiós, ni siquiera darle un beso á su hija moribunda....

PAULA.—¿Y así quiere usted madre, que les perdone-mos á los que nos hacen padecer?

JUANA.—Sí, hija; la Providencia nos dará fuerzas bastantes para soportar la terrible desgracia que nos hace sufrir.

PAULA.—Pero, ¿y Manuel? Dios sabe si ya no viva; si le hayan matado en alguna batalla, y nosotras aquí sin saber nada, sin que haya quien nos dé noticias....

JUANA.—Creo que Dios se ha olvidado de nosotras.

PAULA.—No, madre;... no nos quejemos tanto, que en medio de nuestros males hemos tenido una providencia....

JUANA.—Sí, el señor licenciado que nos ha hecho tantos favores, y luego el señor Don Ricardo que también nos ha protegido.

PAULA.—Mire usted yo le agradezco mucho al señor Don Gerónimo todos sus beneficios, y le quiero como si fuera algo mio... se le conoce su buen corazón, pero lo que es á Don Ricardo por mas que le agradezca sus favores, me causa horror.

JUANA.—Pero, ¿por qué hija? A mí me parece una persona decente....

PAULA.—Sí, pero yo no sé que noto en él.

JUANA.—Hija ya comienzas con tus cosas.

PAULA.—Madre, es que yo me entiendo; pero á todo esto ¿qué haremos para el entierro de mi pobre hermana?

JUANA.—Yo no sé que hacer.... molestar á esos seño-

res que tan buenos han sido con nosotras, no es posible. ¿Cómo les hemos de dar tanta guerra!

PAULA.—Pero no nos queda otro recurso que ocurrir á su favor.

JUANA.—Hallarnos reducidas á esta situación, es verdaderamente insoportable.

PAULA.—No se desespere usted, madre.... ya veremos lo que se puede hacer....

JUANA.—Cada vez que me acuerdo que tanto he llorado, que han caído sobre mí tantas desgracias en estos días, que un mal ha seguido á otro, no sé como he podido vivir.

PAULA.—De veras; casi no se puede creer que una sea capaz de tener tantas fuerzas....

JUANA.—Bien dicen, que un pesar no mata; si así fuera ¿qué habría sido de nosotras?

ESCENA II.

DICHOS Y GERONIMO.

GERONIMO.—Buenos días ¿cómo han pasado la noche? ¿Qué tal va la enferma?

JUANA.—No hemos dormido. (*llorando.*)

PAULA.—Mi hermana murió como á las ocho de la noche.

GERONIMO.—(¡Pobres mujeres!) Vamos, no hay mas que conformarse.....

JUANA.—Y no haberla visto su pobre padre.....

PAULA.—Sin echarle la bendición.

GERONIMO.—(Me conmueve su pena.) Vamos hijas, no lloren..... (pero yo si que quiero hacer milagros.)

JUANA.—En esta situación yo mas bien desearia morir-me que sufrir.

PAULA.—¿Morirse usted? No, y ¿cómo me dejaba abandonada en este mundo sin tener una persona á quien volver los ojos?

GERONIMO.—Vaya, dejen ustedes esas cosas.

PAULA.—Pero señor.....

GERONIMO.—Pues señor ya esa pobre niña se quitó de padecer.....

JUANA.—Pero haciéndonos sufrir á nosotras.

PAULA.—Haciéndonos llorar.....

GERONIMO.—Bien visto, ella es mas feliz, que ustedes en estos momentos; ella ha dejado de sufrir las miserias y penalidades que encierra este mundo;..... tal vez ahora está formando parte de un coro de ángeles en otro mundo ideal, allá donde viven las almas.

JUANA.—Era tan buena.....

PAULA.—Sí, tan cariñosa.....

GERONIMO.—Pero allá su alma pura no se manchará con el fango.

JUANA.—Pero era mi hija.....

GERONIMO.—¡Es verdad! (Y yo que pretendo consolarla)

PAULA.—¡Y nada ha sabido usted de mi padre?

GERONIMO.—No.

PAULA.—¡Ni de Manuel?

GERONIMO.—Claro está que tampoco; á saberlo ya les habria dado á ustedes noticias de ellos, pero no ha podido saber una sola palabra.

JUANA.—¿No podrán libertarse?

GERONIMO.—¡Quién sabe! Yo he hecho los mas grandes esfuerzos para lograr que fueran puestos en libertad absoluta, pero no he podido conseguirlo, porque como en el gobierno no me quieren.

PAULA.—Porque es usted una persona muy buena.

JUANA.—Si y los malos nunca quieren á los buenos....

GERONIMO.—No es por eso hijas, es que yo combato los abusos, donde quiera que los encuentro; yo soy un hombre que no vivo adulando á nadie....

JUANA.—Pero usted siempre les hace ver el mal.

PAULA.—Y por eso no le quieren. Si es usted muy bueno.

GERONIMO.—¡Y dale! Están ustedes empeñadas en hacerme mejor de lo que soy.

PAULA.—No señor; sus bondades no han tenido límites.

JUANA.—Ha sido usted mas que un padre para nosotras dos.

GERONIMO.—Pero á todo eso ¿ya dieron ustedes los pasos necesarios para el entierro de esa niña?

JUANA.—No hemos podido.....

PAULA.—Si..... porque.....

GERONIMO.—¡Ah! vamos, no tienen ustedes con que hacer los gastos. No hay que afligirse por eso; dentro de un rato vendrá Juan, mi criado, y él arreglará todo.

JUANA.—(Llorando) Es usted el mejor de los hombres.

PAULA.—La Providencia le ha puesto en nuestro camino para que venga á enjugar nuestras lágrimas.

GERONIMO.—¡Vaya! No se hable de esto que me incomoda.

JUANA.—Pero ¿cómo no agradecer sus beneficios? ¿Cómo olvidar que usted ha sido nuestro apoyo en la desgracia?

PAULA.—Seremos cuanto se quiera, pero nunca ingratas.

GERONIMO.—¡Bah hijas!... déjenme ustedes. Pronto vendrá Juan. Ya nos veremos. (Se vá.)

JUANA.—Adios, señor.

PAULA.—Que pase usted buenos dias.

ESCENA III.

JUANA Y PAULA.

PAULA.—Se lo decia yo á usted madre, que Dios no podia abandonarnos.

JUANA.—¡Qué buen Señor! Sin que se le diga una palabra todo lo comprende.

PAULA.—Si parece que está leyendo en el corazon.

JUANA.—De veras: yo no sé como adivina los pesares como pone á todo remedio.

PAULA.—Ya podremos siquiera sepultar á mi hermana.

JUANA.—Yo la lloraré toda mi vida... ¡Fué tan buena hija!

PAULA.—¿Y tan buena hermana! Con razon dicen que lo bueno se vá ó se muere.....

JUANA.—No siempre; ya tú ves á ese Señor que tantos favores nos ha hecho.

PAULA.—Pero, qué pocos son esos hombres en el mundo.

JUANA.—Sin embargo, suelen hallarse, y ya ves cómo nosotras le hemos encontrado, cuando mas necesitábamos de él.

PAULA.—Es preciso bendecir á Dios que no nos olvida en nuestros infortunios. *(pauza.)*

JUANA.—Sabes que voy á arreglar el vestido que ha de llevar tu hermana.....

PAULA.—Yo le iré á ayudar.

JUANA.—No, tú estás muy desvelada y será mejor que descanses.

PAULA.—Pero madre no puedo dejar á usted sola.....

JUANA.—Te lo mando; es necesario que te cuides y me debes de obedecer. *(se vá.)*

ESCENA IV.

PAULA.

PAULA.—¡Pobre hermana!... murió por nuestra pobreza... hubiera venido antes el médico, tal vez se habria salvado... ¡puede que la noche que fué á llamarle mi padre hubiera sido tiempo, pero á otro dia!... ya no fué posible hacer nada.

Vieran esto los que nos hacen tanto mal, ¡cómo tendrían un peso en su conciencia!

ESCENA V.

PAULA Y DON EDUARDO.

EDUARDO.—Vaya, si está usted sola.

PAULA.—Señor.

EDUARDO.—Me dijeron que aquí habia entrado el licenciado, y nada: no puedo encontrarle.

PAULA.—Hace poco que estuvo aquí, pero ya se fué.

EDUARDO.—¿Vino á cobrar á ustedes lo de la casa?

PAULA.—¿A cobrarnos?

EDUARDO.—Sí, él es mi apoderado.

PAULA.—(Ya comprendo.)

EDUARDO.—Pero, ¿á qué vino el licenciado?

PAULA.—A ver como seguia mi hermana.

EDUARDO.—Siempre ese hombre metiéndose en asuntos que nada le importan.

PAULA.—Es que es muy bueno.

EDUARDO.—Ay, demasiado.... ¿pero no les dijo á ustedes nada de la casa?

PAULA.—No señor.

EDUARDO.—Lo dicho; ese hombre es incapaz de hacer negocios buenos.

PAULA.—Pero si viera usted es tan caritativo que sin que se lo indiquen hace el bien.

EDUARDO.—Y así le va. Yo no sé como no ha perdido todos sus pleitos.

PAULA.—¿Por qué ha de perder?

EDUARDO.—Usted no entiende de eso. El se ha portado bien conmigo; si no fuera por ciertas consideraciones, yo le quitaba mi poder.

PAULA.—(No entiendo una palabra.)

EDUARDO.—Pero yo estoy perdiendo el tiempo, y el tiempo es dinero. Adios.... *(se vá.)*

PAULA.—Adios, señor.

ESCENA VI.

PAULA.

PAULA.—Este hombre no piensa mas que en el dinero. Si no fuera por el señor don Gerónimo, de seguro nos habria echado de la casa, pero afortunadamente no sucedió así.

ESCENA VII.

PAULA Y DON RICARDO.

RICARDO.—Buenos días.

PAULA.—Pase usted señor.

RICARDO.—¿Como les ha ido á ustedes?

PAULA.—Muy mal, señor, anoche murió mi hermana y hoy hemos estado con grandes apuraciones. Si no fuera por el señor don Gerónimo que es tan bueno, no sé que hubiéramos hecho.

RICARDO.—Vamos, tome usted eso para los gastos que se necesiten. (*le da un portamonedas*)

PAULA.—El señor licenciado paga todos los gastos del entierro.

RICARDO.—No importa; eso podrá servir para otras cosas que ustedes necesiten; en estos casos siempre hace falta el dinero....

PAULA.—Sería abusar....

RICARDO.—Déjese usted de esos escrúpulos y guárdelo.

PAULA.—Gracias Señor; no tengo con que pagar á usted estos favores.

RICARDO.—Eso no es nada. (Hace ya mucho que estoy perdiendo el tiempo miserablemente.)

PAULA.—(Este Señor me causa miedo.)

RICARDO.—En fin si algo se ofrece.....

PAULA.—Gracias... voy á entregar esto á mi madre.

RICARDO.—Espere usted un momento.

PAULA.—¿Qué mandaba usted?

RICARDO.—Nada... tengo que hablar á usted en secreto.....

PAULA.—¿De qué? ¿Le ha sucedido algo á Manuel? ¿á mi padre?

RICARDO.—No se trata ahora de eso. (¿Quién se acuerda de ellos!)

PAULA.—¿Señor?.....

RICARDO.—Digo... usted como hija y como amante...

PAULA.—Yo que desde que están léjos; no puedo dormir tranquila, porque me asaltan los sueños mas horrosos.

RICARDO.—Vamos, déjese usted de eso y oiga lo que voy á decirle.

PAULA.—Hable usted señor. (Tengo miedo.)

RICARDO.—Creo que usted no podrá dudar de que yo soy una persona decente, que he procurado hacer por su felicidad cuanto me ha sido posible.

PAULA.—Sí señor; y yo se lo agradezco.

RICARDO.—Yo me intereso por su suerte mas de lo que usted se imagina. Ustedes han quedado en la miseria con motivo de haber sido tomado de leva su padre de usted.

PAULA.—¿Y no hay esperanzas de salvarle?

RICARDO.—Es difícil, pero no me interrumpa lo que voy á decirle.

PAULA.—No señor.

RICARDO.—¿Ha comprendido usted perfectamente la situación en que se encuentra?

PAULA.—Sí señor, es la mas desgraciada.

RICARDO.—¿Y qué hará usted en el mundo sin apoyo, sin amigos, sin una persona que vea por su señora madre y por usted?

PAULA.—Imploraré el auxilio divino.

RICARDO.—Todo eso está muy bueno, pero repito que yo me intereso por su felicidad mas de lo que usted piensa...

PAULA.—Lo agradezco y si pudiera pagar.....

RICARDO.—Sí, usted puede pagar el interés que me tomo..... ¿Está usted dispuesta á hacerlo?

PAULA.—Sí señor; puede usted mandarme, si en algo puedo serle útil.

RICARDO.—Sí; usted puede serme muy útil.

PAULA.—¿En qué?

RICARDO.—¿No ha pensado usted nunca en elevarse de la posición en que se encuentra?

PAULA.—¿Qué quiere usted decir?

RICARDO.—No hay que alarmarse; las jóvenes buenas, así como usted; nada tiene de extraño que alguna vez salgan de la triste situación en que se hallan.

PAULA.—Señor, no diga usted esas cosas.....

RICARDO.—¿Por qué no? usted es bonita ¿no ha tenido usted pretendientes?

PAULA.—Ya usted sabe que iba á casarme.

RICARDO.—Sí, pero ese es un artesano, y vale bien poco para una muchacha tan bonita como usted. Yo me refiero á pretendientes de otra categoría.

PAULA.—No señor;..... ni yo quiero subir de mi humildad.

RICARDO.—Pues en eso hace usted muy mal..... no le faltarian á usted pretendientes.

PAULA.—¿Quiénes?

RICARDO.—Yo..... por ejemplo ¿no me querria usted alguna vez?

PAULA.—Soy muy pobre para poder ser su esposa y además, quiero mucho á Manuel.

RICARDO.—Vaya, no seria usted mi esposa precisamente.....

PAULA.—¿Su querida? no, eso es imposible; yo me respeto un poco.

RICARDO.—¿Pobre y orgullosa!

PAULA.—No señor, honrada..... no vuelva usted á hablarme de esto.....

RICARDO.—¿Y estaba usted dispuesta á pagar mis beneficios?

PAULA.—Pero la gratitud del alma.....

RICARDO.—Eso no vale hoy nada. Usted está hoy en la indigencia; conmigo nada podrá faltarle..... se levantará usted de su esfera; verá satisfechos hasta sus menores caprichos y no que ahora.....

PAULA.—Señor yo soy honrada y.....

RICARDO.—Y por su egoismo verá morir en la miseria á su pobre madre. Vamos, decídase usted..... dentro de cinco minutos á lo mas, vendré á saber su resolucion
(se va.)

ESCENA VIII.

PAULA.

PAULA.—Pero ese hombre es un malvado..... ¡oh!..... ¿y los favores que nos ha hecho? ¡mi madre!.....

ESCENA IX.

PAULA Y JUANA.

JUANA.—Ya está todo preparado para cuando vengan á apartar para siempre de mi lado á mi querida hija. (llora.)

PAULA.—Y yo que no puedo hacer nada por usted.

JUANA.—¡Ah! tú eres el consuelo que tengo en mi soledad; tú eres la que secas mis ojos cuando lloran; tú haces mucho por mí; ¡pobre hija!..... Sí, tú eres mi felicidad en medio de tantos pesares.

PAULA.—Yo quisiera que mis fuerzas fueran mayores. Así podría auxiliar á usted.

JUANA.—Demasiado hacer.

PAULA.—Ahora que estamos solas, yo podría entrar á servir á alguna casa y con mi sueldo podia ayudarla.

JUANA.—Eso es difícil.

PAULA.—¿Por qué?

JUANA.—Tú no estás acostumbrada á tan rudos trabajos..... has sido muy consentida.

PAULA.—A todo me acostumbraré.

JUANA.—Ademas, no porque eres mi hija, pero no eres fea y hay en las casas particulares tantos que abusan de su posicion.....

PAULA.—¿Qué dice usted?

JUANA.—Que pudieran perderte y yo no debo consentir.....

PAULA.—(¡Si supiera!)

JUANA.—No, hija; tú no te apartarás de mi lado. Eres una pobre, pero tu honra es sagrada para mí, y debo cuidarla.

PAULA.—Sí madre; pero ¿cómo hacer para cuidarla á usted?

JUANA.—No te aflijas por eso... ya verás como la Providencia, que hasta hoy nos ha cuidado seguirá velando por nosotras.

PAULA.—Dios no puede abandonarnos.

JUANA.—No, de ningún modo nos abandonará.

ESCENA X.

DICHOS Y UN CRIADO.

CRiado.—Dice mi amo que dé usted sus órdenes para lo que haya que hacer.

JUANA.—¿De qué?

CRiado.—Para arreglar lo del entierro de la niña.

JUANA.—Pase usted por aquí para decirle... ¡qué bueno es su amo de usted!

PAULA.—Tiene un excelente corazón.

CRiado.—Ya lo creo, hace mas de seis años que estoy en su casa y cada vez le quiero mas. Si viera usted señora cuán bueno es.

JUANA.—Ya lo he visto.

PAULA.—Con nosotras no ha podido ser mejor.

JUANA.—Hasta sus amigos son buenos y si no ahí está Don Ricardo, persona decente.

CRiado.—Quite vd. allá; si ese hombre es un pillastron.

JUANA.—No hable vd. mal de él, que nos ha hecho favores.

CRiado.—No ha de ser por nada bueno; si yo le conozco, como que estuve dos años en su casa y no le pude aguantar.

JUANA.—Bien... será eso, pero á mí no me gusta hablar mal de los que me hacen beneficios.

CRiado.—Me callaré, pero yo vine á recibir órdenes.....

JUANA.—Sí, vamos.

ESCENA XI.

PAULA.

PAULA.—Tambien este hombre sospecha de Don Ricardo. ¡Si supiera mi madre lo que me ha dicho!

ESCENA XII.

PAULA Y D. RICARDO,

RICARDO.—No me he tardado. Vengo á ver que ha resuelto usted.

PAULA.—Nunca podré consentir á lo que vd. quiere...

RICARDO.—¿Y no teme vd. á la miseria?

PAULA.—No señor, porque Dios está para todos; él nos auxiliará.

RICARDO.—Pero.....

PAULA.—Esa es mi resolución.

RICARDO.—(Toquemos otra fibra.) ¿Quiere vd. mucho á Manuel?

PAULA.—Sí, señor, desde que no le veo padezco mucho.

RICARDO.—¿Y á su padre de usted?

PAULA.—Eso ni se pregunta. ¡Cómo no he de querer á mi padre!

RICARDO.—Pues bien; ¿sabe usted el peligro que en este momento corren su padre de usted y su amante?

PAULA.—¿Qué, señor? Dígame usted.

RICARDO.—Vá á librarse muy pronto una batalla con los pronunciados.... esos hombres no son de armas, y lo natural es que perezcan.

PAULA.—¿Y va usted á salvarlos? Sí, señor, se lo ruego á usted por lo mas sagrado.

RICARDO.—Poco á poco, yo he hecho por ustedes sin intereses alguno, cuanto he podido...

PAULA.—¿Pero mi padre y Manuel?

RICARDO.—En mi mano está que queden libres hoy mismo... se dará la orden por el telégrafo, y ya no servirán mas en el ejército;... me lo ha prometido el Ministro de la Guerra.

PAULA.—¡Ah! vá usted á salvarlos... ¡verdad?

ESCENA XIII.

DICHOS Y MANUEL á la puerta; despues baja.

RICARDO.—¿Accede usted á mis deseos?

PAULA.—Es imposible.

RICARDO.—¿Imposible? Pues entónces deje usted que mueran en el campo de batalla su padre y su amante.

MANUEL.—(Que oígo.)

RICARDO.—Usted es la que los mata con negarse á lo que quiero.

PAULA.—¿Salvará usted á mi padre y á Manuel?

RICARDO.—Sí.

PAULA.—Entonces...

MANUEL.—¡Calla desgraciada! La hija de un honrado artesano no debe arrastrarse por el fango.

PAULA.—¿Eres tú? (*Le abraza.*)

RICARDO.—¿Y quién es este hombre que viene á interrumpirnos?

MANUEL.—Yo soy su prometido, el que ha de ser su esposo... yo que llego á tiempo para evitar que se cometa una infamia. He arrojado lejos de mí los arreos del soldado y recobré mi libertad.

RICARDO.—¿Es usted desertor?

MANUEL.—Sí; desertor, porque no quiero militar bajo las banderas de la tiranía... nadie puede coartar mi libertad de ciudadano.

PAULA.—Al fin estás aquí.

RICARDO.—Está bien... ¿y no teme usted que se le aplique las penas de la ordenanza?

MANUEL.—Nada temo... pero usted ¿qué hace aquí?

RICARDO.—¿Y á usted que le importa?

MANUEL.—Es que yo mando en ésta casa.

RICARDO.—Miente.

MANUEL.—Yo nunca miento. (*Se lanza sobre Ricardo; éste le amenaza con una pistola y Paula se interpone.*)

PAULA.—Yo moriré contigo.

ESCENA XIV.

DICHOS, DON GERONIMO, JUAN Y EL CRIADO.

GERONIMO.—¿Qué pasa? ¿Quién es este hombre?

PAULA.—Este es nuestro verdadero protector. (*Señalando á D. Gerónimo.*)

MANUEL.—Yo soy el amante de esta jóven, el que ha de ser su esposo.

GERONIMO.—¿Usted?

MANUEL.—Sí; ese hombre ha querido envilecer á la que quiero con todo mi corazon...

GERONIMO.—¿Y bien?

MANUEL.—Yo llegué á tiempo para castigarle.

JUANA.—¡Dios mio!

CRIADO.—(No lo decia yo.)

GERONIMO.—(¿Es posible que esto suceda en el mundo?)

MANUEL.—Si ese hombre no sale de aquí, le voy á arrojar como á un miserable.

RICARDO.—(*Amenazando con la pistola.*) No saldré de esa manera, villano.

MANUEL.—¡Ah!... (*quiere ir sobre él.*)

GERONIMO.—Basta ya. Es accion de cobardes atacar á los indefensos. (*Saca su pistola*) Salga usted de aquí ó le mato.

RICARDO.—(Me vengaré.) (*Se vá.*)

FIN DEL ACTO TERCERO.



ACTO CUARTO.

LAS VÍCTIMAS.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





ALBERTO G. BIANCHI.

ACTO CUARTO.

La misma decoración del primer acto.

ESCENA I.

DON GERONIMO Y MANUEL.

GERONIMO.—Pero á todo esto, ¿cómo logró usted fugarse, sin temor de que le aprehendieran?

MANUEL.—Yo señor, hice lo que cualquiera hubiera hecho....

GERONIMO.—Pero fué muy expuesto....

MANUEL.—Si la tropa estuviera bien organizada, pase; pero como la mayor parte es gente forzada, busca la mejor oportunidad para echar á correr.

GERONIMO.—Bien, ¿pero de qué medio se valió usted para escaparse?

MANUEL.—Estando una noche en el campamento de continela, y viendo que el sueño habia sorprendido á los compañeros que estaban muy fatigados por el cansancio de la larga jornada que hicimos, procuré escaparme. Me llevé el fusil;... así que estuve lejos del campo, tiré el vestido de soldado; llegué á Huamantla y allí vendí el rifle y con lo que me dieron por él, me compré la ropa que traigo y pagué el tren.

GERONIMO.—Pero esa fué mucha audacia.

MANUEL.—No señor, lo mismo que yo hacen todos los que pueden, y á la verdad que hacen bien.

GERONIMO.—¿Pero no teme usted las penas de la ordenanza?

MANUEL.—No debo temerlas porque está mi conciencia tranquila. Yo no sé con que derecho se me arranca de mi trabajo, se me maltrata y se me ponen los arreos del soldado.

GERONIMO.—Es que nuestras leyes son de lo mas inconveniente en ese punto; necesitan reformas.

MANUEL.—Mientras esas reformas llegan, no es justo que solo los pobres seamos las víctimas. Lo que se hace con nosotros es inquisitorial.

GERONIMO.—En eso tiene usted muchísima razon y es preciso que la prensa eleve su voz...

MANUEL.—Señor, si los del gobierno ni caso les hacen á los periódicos; dicen algo que duela, entonces se les castiga de alguna manera, y eso lo sé porque lo he visto....

GERONIMO.—Pero hombre, algun remedio han de tener tantos males.

MANUEL.—Pues á mí el remedio me parece bastante sencillo.... eso segun mi pobre entender.... yo creo que los hombres trabajadores debemos unirnos y rechazar la fuerza con la fuerza.

GERONIMO.—Siempre han de poder mas los que gobiernan; y ustedes no harian mas que provocar su cólera.

MANUEL.—Será todo lo que usted quiera, pero es muy triste hacer el papel de ovejas que se dejan llevar al matadero; eso es perder hasta la dignidad de hombres.

GERONIMO.—Está usted resuelto, pero siempre puede mas el que tiene la fuerza, y aunque á usted le sobre la razon no han de concedérsela.

MANUEL.—Por eso me llevaron entre filas; yo ví al maestro maltratado por los agentes de policía; la cólera me cegó, quise lanzarme sobre ellos, pero pudieron mas y al fin cargaron conmigo.

GERONIMO.—Esa es una buena accion.

MANUEL.—Yo no hice mas que cumplir con mi deber, tratándose del padre de la que iba á ser mi esposa.

GERONIMO.—Sin embargo no todos se esponen de la misma manera.

MANUEL.—Yo no me espuse gran cosa; fuí llevado con él, y ya ve usted, he logrado escaparme.

GERONIMO.—¿Y el maestro Bernardo?

MANUEL.—No sé que suerte habrá corrido, porque no nos filieron en un mismo batallon; concertar la fuga habria sido casi imposible, y así preferí desertarme, que cuando haya ocasion, creo que él hará otro tanto.

GERONIMO.—Pero él está ya viejo y no tiene el mismo vigor que usted....

MANUEL.—Eso es verdad; pero en los peligros y para conseguir la libertad, hasta los viejos se vuelven jóvenes.

GERONIMO.—Yo estoy trabajando hace muchos dias por salvarle, pero como no tengo influencia con los del gobierno, todo ha sido inútil. Confié en las promesas de Don Ricardo, y ya usted vé, ¿quién lo hubiera creído? se atrevió á proponer eso en cambio de una infamia.

MANUEL.—¡Ah señor! cada vez que me acuerdo, siento que la sangre se me sube á la cabeza.

GERONIMO.—Y no le falta á usted razon. Vamos, si parece increíble. ¿Qué no haya quien tenga buenas acciones si no es guiado por el vil interes? ¡Oh! esto es insoporable.

MANUEL.—Señor, en el mundo hay pocas personas como usted.

GERONIMO.—¿Como yo?

MANUEL.—Si señor, usted es un hombre honrado y su desinteres no tiene límites.

GERONIMO.—Vaya, no hablemos de eso.

MANUEL.—Es que esas dos mugeres agradecidas y con las lágrimas en los ojos, me han dado á conocer su buen corazón; me han dicho cuanto bueno ha hecho usted por ellas.

GERONIMO.—Dejemos eso, que yo he venido aquí para tomar informes de Bernardo, á ver si puedo salvarle de alguna manera.

MANUEL.—Ya usted ve, siempre pensando en hacer beneficios....

GERONIMO.—Hombre lo que yo hago por ese hombre lo haría cualquiera. No hablemos una palabra mas sobre este asunto.

MANUEL.—Pero....

GERONIMO.—Nada, yo quiero buscar otras influencias; ya que la de Don Ricardo me salió mala; y yo que contaba con ella en estas circunstancias! Parece increíble que los hombres hayan de portarse así....

MANUEL.—Como usted es bueno, cree que todos lo son, pero se lleva uno mas desengaños....

GERONIMO.—Sí, es cierto..... se lleva uno desengaños...pero yo no soy bueno; he dicho que no se hable mas de mí.

MANUEL.—Si eso es á usted molesto, no volveré á decir una palabra.

GERONIMO.—Así me gusta.

MANUEL.—¿Y qué deseaba usted saber?

GERONIMO.—¿A qué batallon fué consignado Bernardo?

MANUEL.—Al 12° de infantería.

GERONIMO.—Hacerle caminar á pié y tan viejo.... eso es una inhumanidad.

MANUEL.—Pero el que cae en garras de la leva, ya usted lo sabe, no escapa....

GERONIMO.—Voy á informarme quienes son los gefes de ese cuerpo, á ver si de esa manera.... buscando influencias para ellos, logro que pueda volver á su casa, donde su presencia vendrá á mitigar el dolor que la nubla con el negro manto de la tristeza.

MANUEL.—Nuestras bendiciones son poco premio para un corazón tan generoso.

GERONIMO.—Que generoso ni que.... déjese usted de esas cosas.

MANUEL.—Si logra usted volver ese hombre á esta casa, con cuanta alegría recibirán la esposa y la hija una noticia tan agradable.

GERONIMO.—En fin voy á ver lo que hago por ellos... ¡Ah! y será bueno que usted se oculte.

MANUEL.—No creo que me hayan de prender, pero ya me pondré en salvo.

GERONIMO.—No hay que tener confianza. Quien sabe lo que suceda. Hasta otra vista. (*se vá*)

MANUEL.—Hasta luego.

ESCENA II.

MANUEL Y PAULA.

PAULA.—¿Se fué ya el señor Licenciado?

MANUEL.—Sí, acaba de irse ese hombre que ha sido la providencia que Dios ha puesto en nuestro camino.....

PAULA.—Tiene un corazón excelente.

MANUEL.—Sí, es uno de aquellos hombres que inspiran respeto, y veneración y yo no sé qué; pero es un buen hombre.

PAULA.—Si lo hubieras visto en nuestros momentos mas tristes, parecia que adivinaba nuestros pensamientos...

MANUEL.—¿Qué hombre tan generoso!

PAULA.... Sí, no se parece á su amigo..... que no hacía beneficios sino á costa de lo que es imposible.....

MANUEL.—Calla... no vuelvas á hablarme de ese hombre que me irritó de un modo que desearia buscarle para aplicarle el mas duro castigo.

PAULA.—Lo mejor es despreciarle.

MANUEL.—¿Y tu madre?

PAULA.—Con la desvelada de anoche y con el pesar de mi hermana, se puso algo mala; la hice que se acostara y se ha quedado dormida.

MANUEL.—¡Pobre señora! ¡Cuánto ha tenido que sufrir y todo por esa gente que como está muy arriba no se digna ver las miserias de los que están abajo... de aquellos que comen el pan mojado con lágrimas y que mezclan sus mas grandes alegrías con sus mas atroces dolores.

PAULA.—Y es verdad..... ya ves, ahora estoy contenta porque te ves sano y salvo, pero cuando mas satisfecha me creo, me asalta el recuerdo de mi padre á quien me parece ver en graves peligros;..... me atormenta la memoria de mi hermana y si me quiero sonreír de alegría, las

lágrimas se asoman á mis ojos y lloro porque no puedo más que llorar.

MANUEL.—Tienes razon..... los pobres no podemos tener una dicha completa..... ese es nuestro destino.

PAULA.—¿Y qué hemos de hacer?

MANUEL.—Nada claro está; conformarnos con nuestra desgraciada suerte y buscar en otra parte alivio á nuestros males..... (pauza.)

PAULA.—¿Te acordabas de mí?

MANUEL.—¿Y me lo preguntas? Mira, á todas horas te estaba mirando; en el campamento, á la hora de la marcha..... sí, á todas horas te veía como ahora te veo.

PAULA.—¿Qué bueno eres!

MANUEL.—¿Y tú estabas triste por mí?

PAULA.—Vaya y bien que lo estaba. Figúrate que nunca dejé de pedir á Dios que me permitiera volverte á ver y al fin ya me lo quiso conceder.

MANUEL.—No debemos, pues, quejarnos del todo, porque en medio de nuestras desgracias, siempre hay algun rayo de felicidad.

PAULA.—Pero es tan poco lo que se siente una feliz....

MANUEL.—Vaya no te quejes ahora que estoy cerca de tí.

PAULA.—Tienes razon; ahora no debo quejarme de mi suerte, porque Dios me ha permitido á lo menos que te vea otra vez.

MANUEL.—Es necesario que tú y yo procuremos consolar á tu pobre madre que tanto ha llorado por las injusticias de los hombres.

PAULA.—Es cierto; debemos nosotros consolar á mi madre en estos momentos en que son tan grandes sus pesares.

MANUEL.—Pero será bueno que tú descanses..... parece que has trabajado mucho y puedes enfermarte; te veo algo pálida..... ¡vaya! es justo que te cuides.

PAULA.—Te aseguro que no me siento mal.

MANUEL.—Con todo, no será mala que vayas á dormir un poco.....

PAULA.—Es inútil.

ESCENA III.

DICHOS Y JUANA.

JUANA.—¿Están ustedes aquí?

MANUEL.—¿Por qué no ha seguido usted descansando que bien lo necesita?

PAULA.—Si madre; vaya usted á dormir.

JUANA.—No hija; he tenido unas pesadillas tan horribles!.....

PAULA.—Ha de ser por la debilidad; casi no ha querido probar alimento en todo el día.

MANUEL.—Eso no está bueno es preciso que se cuide un poco más.

PAULA.—Si, madre; tome usted algo aunque pobrememente, todavía hay una tasa de leche para usted.

JUANA.—Es para tí hija; tú estás más débil yo tengo todavía fuerzas, y creo que los pesares me alimentan.....

PAULA.—¡Madre!

JUANA.—Tú eres la que debes ir á descansar; tú que por cuidarme te has maltrado tanto.....

MANUEL.—Eso mismo precisamente le decia hace poco.

PAULA.—Me siento bien.....

JUANA.—Obedece hija..... yo descansé un poco; tú no has dormido; ve á reposar.

MANUEL.—Sí, es necesario.

PAULA.—Iré porque ustedes me lo piden. (Se va.)

ESCENA IV.

JUANA Y MANUEL.

MANUEL.—Señora, en estos momentos en que hablamos solos, creo que debemos hablar con franqueza de asuntos que nos interesan.

JUANA.—Puede usted hablar.....

MANUEL.—Pero ¿promete usted decirme la verdad; lo que sienta?

JUANA.—¿Por qué me hace usted esta pregunta?

MANUEL.—Por nada; yo deseo saber si está usted dispuesta á hablarme con toda sinceridad.

JUANA.—Sí.

MANUEL.—Pues entonces quiero que usted me diga si aprueba mi casamiento con Paula....

JUANA.—Mi marido lo aprobó..... ella lo quiere.....

MANUEL.—Esa no es una respuesta. ¿Usted quiere que se haga ese casamiento?

JUANA.—La verdad, antes no lo hubiera querido, pero hoy que veo su buena conducta, aunque sienta mucho la separacion de mi hija, consiento en todo.

MANUEL.—Digo á usted esto, porque ya es preciso arreglar todo seriamente. Su esposo ha sido plagiado por los agentes del poder y ustedes han quedado sin mas auxilio que el de ese hombre benéfico..... á quien no me cansaré de bendecir.....

JUANA.—Sí..... pero.....

MANUEL.—Mientras su marido de usted no vuelva, no tendrán ustedes quien las atienda..... Solo yo, pero las gentes que de todo, hablan lo tomarán á mal y para que eso no sea, quiero que cuanto antes esté Paula casada conmigo..... así podré protegerlas delante de todo el mundo. ¿Usted lo aprueba?

JUANA.—Sí; y mal haria en negarme á la felicidad de mi hija, ya que yo soy tan desgraciada.

MANUEL.—Yo le prometo á usted que Paula no se separará nunca de su lado.

JUANA.—¡Ah! qué bueno es usted.

MANUEL.—No señora, yo soy solo en el mundo y me sostengo con mi trabajo; formaremos una sola familia y hoy con abundancia..... mañana con escaseces, pero en fin, podremos pasarla.

JUANA.—Dios le ha de pagar ese modo de obrar y sus hijos harán esto mismo con usted.

MANUEL.—Puesto que vd. consiente y ya que están

leidas las amonestaciones, iré á ver al cura y á ver si en esta semana, á mas tardar, queda todo arreglado.

JUANA.—Está usted en entera libertad para obrar de la manera que guste.

ESCENA V.

DICHOS Y PAULA.

JUANA.—¿No vas todavía á descansar?

MANUEL.—¿Por qué no obedeces á lo se te manda por tu bien

PAULA.—Es que no tengo sueño; la noche se acerca y ya descansaré mejor.

JUANA.—Pero eso no está bueno.

PAULA.—¡Ah! madre, no se enoje usted por eso.

MANUEL.—Pero tú estás empeñada en hacerte mal.

PAULA.—No; yo fui á preparar el alimento; ustedes no han tomado nada; (á Manuel) tú debes venir muy fatigado y es preciso que tomes alguna cosa.

MANUEL.—No; yo me siento perfectamente; he comido en el camino; vayan ustedes, que aquí las espero.

JUANA.—No tardamos en volver.

PAULA.—Vamos, madre. (Se van.)

ESCENA VI.

MANUEL.

MANUEL.—¡Pobre Paula! ¡Tan jóven y tan llena de sufrimientos! De buena gana haria yo algo por su felicidad, si tuviera en mis manos los elementos que para eso se necesitan.

ESCENA VII.

MANUEL Y EDUARDO.

EDUARDO.—¿Cómo vamos? ¿No está por aquí el Licenciado?

MANUEL.—¿El Señor D. Gerónimo?

EDUARDO.—El mismo.

MANUEL.—Estuvo aquí no hace mucho, pero se fué....

EDUARDO.—Nada; si desde que ese hombre se ha metido á redentor de pobres es imposible dar con él.

MANUEL.—Tal vez esté en su casa.

EDUARDO.—¿Qué ha de estar! Si ya fuí á buscarle y no le hallé.

MANUEL.—¿Le necesitaba usted para algun asunto de urgencia?

EDUARDO.—¡Vaya si es de urgencia! Se lo dije; sino toma usted medidas prontas y enérgicas, vamos á perder la deuda y así ha sucedido.

MANUEL.—¿Qué deuda?

EDUARDO.—No es cosa que á usted le importe nada.

MANUEL.—¿Cómo! á mí me habla usted.

EDUARDO.—Si; pero es porque le he encontrado á usted en esta casa. Pues señor, yo no sé quién me responderá de esa deuda.

MANUEL.—¿Por qué?

EDUARDO.—Ya he dicho que eso no le interesa á usted.

MANUEL.—Entonces tenga usted la bondad de no dirigirme la palabra; porque de lo contrario me verá obligado á responderle.

EDUARDO.—Pues ha de saber.....

MANUEL.—¿A mí se dirige usted?...

EDUARDO.—Sí hombre, á usted; no he de hablar solo como los locos. El artesano que vivía en esta casa fué tomado de leva...

MANUEL.—Eso ya lo sé.

EDUARDO.—Y me debe mas de dos meses de renta.....

MANUEL.—¿Y qué?

EDUARDO.—Pero no es eso solo, sino que ese hombre ha muerto.

MANUEL.—¿Ha muerto? ¿Cómo lo sabe usted? No; es imposible.

EDUARDO.—Cuando digo que ha muerto es porque sabido lo tengo.

MANUEL.—Pero, ¿quién ha podido darle tales informes?

EDUARDO.—Se interesa usted mucho á lo que me parece.....

MANUEL.—Sí, señor. Tenga usted la bondad de decirme cómo ha sabido esas noticias; yo se lo ruego á usted.

EDUARDO.—Acaba de llegar uno de los dispersos del batallon número 12.

MANUEL.—El mismo en que él estaba.

EDUARDO.—Y dice que hace cinco dias se libró una batalla sangrienta en que los dos partidos contendientes perdieron muchos soldados y es el caso que el maestro Bernardo fué uno de los que murieron.....

MANUEL.—¿Dios mio! ¿Pero está usted seguro de ello?

EDUARDO.—Ese disperso me dijo que él habia sido su amigo y que murió en sus brazos; recomendándole que buscara á un tal Manuel Hernández, y le encomendara á su familia.

MANUEL.—Ese soy yo.....

EDUARDO.—Entonces usted podrá pagarme la cuenta...

MANUEL.—(Viene á insultar mi desgracia.) Sí, hombre, yo la pagaré.

EDUARDO.—Pero yo no quiero conformarme con promesas.

MANUEL.—Es que ahora no puedo dar á usted otra cosa.

EDUARDO.—Voy entonces á buscar al licenciado (*se vá.*)

ESCENA VIII.

MANUEL.

MANUEL.—Ha muerto! Y su familia abandonada. No; que Dios me ha dado fuerzas para trabajar. Si ha perdido

un padre mi pobre Paula, en mí hallará un buen marido.
(Pausa.)

¿Pero cómo les digo tamaña desgracia? ¡Oh! Yo siento que me falta el valor para decirlo.

ESCENA IX.

MANUEL Y UN AGENTE DE POLICIA.

AGENTE.—¿Está aquí un individuo que se llama Manuel Hernandez?

MANUEL.—Yo soy. ¿Qué se ofrece?

AGENTE.—Que tengo orden para aprehender á usted, por desertor y por haber querido asesinar á una persona en esta casa.

MANUEL.—¿Yo?

AGENTE.—Sí, usted; pero basta de contemplaciones: vamos y allá se arreglará con el juez.

MANUEL.—Pero si yo no he cometido ningun crimen.

AGENTE.—(Sacando el mazzazo.) Vamos; calle y obedezca.

MANUEL.—¡Amenazas! El cordero se convierte en leon.
(Toma las herramientas de zapatero y se va sobre el agente.)

ESCENA X.

DICHOS Y RICARDO.

MANUEL.—Ahora todo lo comprendo. Usted es el delator, el infame que me lleva ante la justicia.

RICARDO.—Silencio; ya pagará usted en el consejo de guerra su culpa como desertor, y ante el juez de lo criminal su crimen por haber querido asesinarme.

AGENTE.—Camine.

MANUEL.—¡Miserables! Primero me sacarán de aquí muerto. Aun tengo fuerzas para defenderme de los villanos como ustedes. (Quiere lanzarse sobre ellos.)

ESCENA XI.

DICHOS, JUANA, PAULA Y AGENTES
DE POLICIA.

AGENTE.—Adentro (Entran los de policía y sujetan á Manuel.)

MANUEL.—Atrás, bandidos.

PAULA.—¿Qué pasa? (viendo á Ricardo.) ¡Dios mio! él aquí.

JUANA.—¿Qué sucede?

RICARDO.—Nada; esos señores vienen á llevarse á este criminal.

MANUEL.—¡Ah! villanos. Así me ultrajarán ustedes, cobardes. Solo por la fuerza podrán vencerme. (Se lo llevan.)

ESCENA XII.

PAULA, JUANA Y RICARDO.

RICARDO.—Tranquílicense ustedes. Eso no es nada.

JUANA.—¿Y es posible que así se nos ofenda?

PAULA.—Usted tiene la culpa de todo esto.

RICARDO.—(En voz baja.) En mi mano está salvarle; ¿quiere usted acceder á mis ruegos? ¿No? ¡Ah! verá usted morir á ese hombre por su egoísmo.

PAULA.—Sí; agregue usted el insulto á la infamia.

RICARDO.—Calle usted, niña; no hay para que hacer tanto alboroto.

JUANA.—Tenga usted la bondad de dejarnos con nuestra miseria..... no pedimos..... ni queremos su protección.

RICARDO.—Así es el mundo; hace uno beneficios, y se le paga de este modo.

PAULA.—Señor, no vuelva usted mas á vernos.

RICARDO.—Por última vez, ¿quiere usted venir conmigo?

PAULA.—No.

RICARDO.—De eso depende la salvación de su amante...

PAULA.—Nunca;..... madre, este hombre me hace mal.

JUANA.—Si usted toca á mi hija, sería capaz de matarle.

RICARDO.—Señora, usted está loca.

ESCENA XIII.

DICHOS Y GERONIMO.

GERONIMO.—He prohibido á usted poner los piés en esta casa, y va usted á salir en el acto.

RICARDO.—¿Con qué derecho?

GERONIMO.—No alce usted la voz, y obedezca.

RICARDO.—(Ya me la pagará.) [*se va.*]

PAULA.—Señor.....

JUANA.—¿Qué noble es usted!

ESCENA XIV.

DICHOS, MENOS RICARDO.

GERONIMO.—Es preciso que Manuel se oculte en el acto; ha sido denunciado por ese infame de Ricardo, y han de venir á aprehenderle.

PAULA.—Si acaban de llevárselo.

GERONIMO.—¡Oh! ya no hay remedio.

JUANA.—Estamos solas en el mundo.

GERONIMO.—¡Oh! cuenten ustedes con mi protección. Yo defenderé á Manuel ante la justicia. ¡Pobre muchacho!

PAULA.—Es usted el mas noble y generoso de los hombres.

GERONIMO.—Déjese usted de eso.

ESCENA XV.

DICHOS Y EDUARDO.

EDUARDO.—¿No se lo dije á usted? Ha muerto el maestro Bernardo.

GERONIMO.—¿Cómo!

PAULA.—¿Virgen Santa!

JUANA.—¿Ha muerto?

EDUARDO.—Me lo ha dicho un compañero suyo que lo vió morir.

GERONIMO.—Es usted un imbécil. (*La madre y la hija se abrazan llorando.*)

JUANA.—Esta desgracia nos faltaba.

PAULA.—Solos en el mundo, ¿qué haremos?

GERONIMO.—Gobierno que te llamas republicano, ¡HE AQUI TUS VICTIMAS!

FIN.

®

LC
PQ
B5